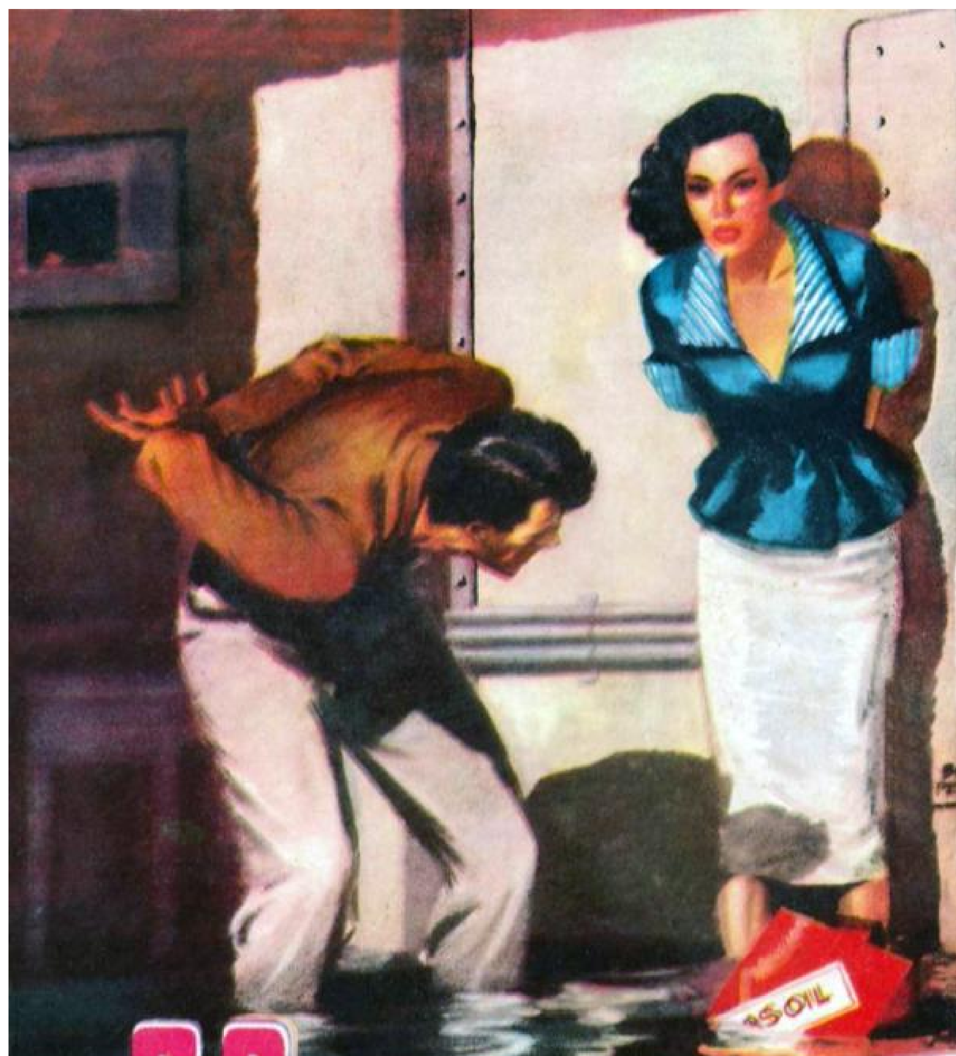


SS

SERVICIO SECRETO

ALAR BENET

LUCHA EN LA SOMBRA

LUCHA EN LA SOMBRA

ALAR BENET

LUCHA EN LA SOMBRA

1.ª EDICIÓN
MAYO 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

LUCHA EN LA SOMBRA

por ALAR BENET



“Valor, Fortaleza, Bravura, Impavidez, las cualidades del espíritu que más fácilmente penetran en las almas juveniles y que pueden desarrollarse por el ejercicio y el ejemplo, fueron, por decirlo así, las virtudes más populares, las primeras emuladas entre los jóvenes japoneses. Las narraciones de hazañas guerreras se repetían casi delante de niños que acababan de dejar el pecho de sus madres. Si un niño llora por algún dolor, la madre le reprende en estos términos:

—*¡Qué niño tan cobarde! ¿Qué harás cuando te corten un brazo en la batalla! ¿Qué, cuando te veas obligado a cometer el* harakiri?...».

* * *

”—Mira esos gorrioncillos en su nido, cómo abren sus picos amarillos, y mira ahora: su madre llega trayendo gusanos para alimentarles. ¡Con qué precipitación y alegría comen los pequeñuelos! Pero, para un samurái, cuando su estómago está vació, es una vergüenza sentir hambre...”.

(Del libro *«Bushido,* el alma del Japón»,
original de Inazo Nitobé).

CAPÍTULO PRIMERO

UNA AVENTURA IMPREVISTA

Rodney Henderson, dejando en el suelo el estuche de pinturas, miró en torno suyo. Merecía la pena haber abandonado la grata compañía de Susan y la Exposición de Crisantemos de los jardines de Dango-Zaka para contemplar tan hermoso paisaje.

Sobre la colina de Maruyama, en el Parque Shiba, el más popular de Tokio, por centrarse en él hasta 1877, los sentimientos budistas de un pueblo profundamente religioso, Rodney Henderson tenía a sus pies la gran puerta Sammon, único vestigio del derruido templo de Zojoji, erigido por la secta «Yadó». Los «Monumentos Mortuorios», maravillas del arte japonés, alzábanse, pregoneros de la milenaria cultura de una raza fuerte.

El estanque, cubierto de lotos, frente al pequeño templo de Benten, brillaba como un espejo a los rayos de un sol primaveral que Rodney Henderson veía quebrarse a su derecha, en el puerto de Tokio, en cuyas aguas reposaban de los azares de la guerra tres acorazados y un portaaviones norteamericano.

Lejana, oponiéndose a la Historia, profanándola, una, orquesta interpretaba música de «jazz».

—Bien se divierten los del «Club del Bosque» —comentó Rodney, llenando parsimonioso su pipa—. Pondré manos a la obra. Si continúo dejándome ganar por la pereza, mi viaje al Japón va a constituir un mal negocio.

Henderson era uno de los más famosos dibujantes publicitarios de los Estados Unidos. Según él, habíase trasladado a Tokio comisionado por un laboratorio de productos de belleza que iba a lanzar la marca comercial «Imperio» y deseaba que la propaganda llevase como fondo auténticos escenarios del exótico país.

El artista sentóse en una roca, montando su pequeño caballete. No llegó a iniciar su trabajo. A su izquierda, junto a la estatua erigida a

Ino Chukei, conocido por el padre de la cartografía japonesa, un hombre de edad madura, ataviado con una bordada y tradicional túnica, al que acompañaba una muchacha vestida a la europea, se detuvo, arrodillándose.

Durante unos minutos permaneció en muda oración. Luego, dijo:

—Abriré la morada de mi alma y mostraré su estado; así podrás ver si está limpia o manchada.

Hablaba en alta voz, y el silencio de la mañana condujo sus palabras hasta los oídos de Rodney Henderson, quien, alucinado, presenció algo que jamás olvidaría.

El hombre sentóse a la manera japonesa, con el cuerpo descansando sobre los talones y las rodillas y los dedos de los pies tocando el suelo. Después de una breve pausa, volvióse a la mujer.

—Hija, recuerda siempre la lección que vas a recibir. Sé que bajo esas ropas que desprecio, circula mi sangre. ¿Tendrás valor?

—No me faltará.

El americano reparó entonces en un envoltorio que la muchacha llevaba pendiente de su mano izquierda. Aunque intuía lo que iba a suceder, no juzgó oportuno intervenir, recordando el consejo que le diera su amigo, el coronel Cresswell, de la Sección Civil de Investigación:

—Si queremos ganarnos el corazón del Imperio, no hemos de inmiscuirnos en sus tradiciones.

La joven, con admirable serenidad, desenvolvió el largo paquete hasta dejar al descubierto el «wikizashi», daga corta con punta y finos bordes, de nueve pulgadas de largo, y una espada de ancha hoja y reluciente filo.

—No permitas que tu padre muera como un cobarde, Nagako Masutani. ¿Sabrás reemplazar al «kaishaku»? Habrás de ser tú mi caballero ejecutor y cortarme la cabeza a la menor señal de debilidad. El dolor, a veces, vence al heroísmo. ¿Vacilarás?

—No.

—Si lo hicieras, caiga sobre tu cabeza mi maldición. Terminemos. Pueden venir.

Nagako Masutani tomó el «wikizashi» con ambas manos, entregándoselo a su padre, quien levantó el arma a la altura de la cabeza, en respetuosa ofrenda, depositándola a sus pies. Con rara

habilidad desprendióse de la parte superior de sus ropas, quedándose desnudo hasta la cintura y apresó las mangas bajo sus rodillas para, al morir, caer hacia adelante, como corresponde a un noble.

La muchacha, en pie, con la cabeza inclinada, escrutaba el rostro del hombre mientras mantenía la espada con mano firme.

El japonés cogió la daga y, con una extraña sonrisa, muy despacio, cual si le complaciera prolongar su muerte, se clavó el acero debajo del pecho, moviéndolo hacia abajo para que el desgarro interior fuese completo.

No se estremeció ni su rostro se contrajo. Sin embargo, al extraer el acero, la sonrisa desapareció de sus labios e inclinó el cuello hacia adelante, sin que un solo gemido brotara de su boca.

Nagako Masutani, fiel al espíritu de su raza, con increíble energía, alzó la espada asestando un golpe tan fuerte, que la cabeza rodó al suelo, separada del tronco.

El «seppuku», conocido por el vulgar nombre de «harakiri», habíase consumado.

La mujer, con una frialdad que horrorizó a Rodney Henderson, involuntario testigo de la trágica escena, limpió su arma con la túnica del muerto, y, empuñando la daga con respeto, envolvió los aceros en la misma tela en que los trajo. La sangre surgía a borbotones por el cuello del hombre que acababa de practicar una refinada ceremonia de suicidio, convertida por un pueblo en solemne y legal acto.

Rodney Henderson creyó que la joven iba a llorar. Se equivocaba, por desconocer la psicología de los orientales.

«Tal vez no sabe qué hacer con el cuerpo —se dijo—. La prestaré ayuda para afearle su acción».

Anduvo unos pasos, retrocediendo precipitadamente. Tres hombres, dos europeos y un japonés, acercábanse a Nagako que, abstraída, no les sintió hasta que se hallaron a unos metros de ella. Uno, en inglés, exclamó, luego de lanzar una maldición:

—¡Hemos llegado tarde, Jacques!

El aludido, un individuo alto, repuso:

—Asunto concluido. El viejo nos evitó liquidarle. Nos llevaremos a la hija para que nos diga lo que sabe... ¡y lo que no sabe!

Nagako Masutani, al reparar en el peligro, intentó retroceder. El tercer personaje, asiático, que permanecía en silencio, la asió de la

muñeca con brutalidad.

—¡Quieta!

Era un hombrecillo menudo, de acusados rasgos y edad indefinida, en el que la muchacha reparó por primera vez.

—¡Haruji Konoye!... ¡Suelta, traidor! Ahora lo comprendo. ¡Tú nos vendiste!

—Ocúpate de que no escape, Tandeddu.

El llamado Jacques se apoderó con violencia de la joven, diciendo, en tono canallesco:

—Ven, paloma. Tú necesitas un gavilán como yo.

Haruji Konoye, con los ojos centelleantes de ira, advirtió a su cómplice:

—¡Cuidado con lo que haces! Debes respetarla.

Jacques Tandeddu se mordió los labios para evitar una respuesta que no consideraba oportuna.

—¿Nos vamos ya? Si nos encuentran junto al cadáver...

—Nadie nos culpará de esta muerte —le tranquilizó el japonés—. Hay sobradas pruebas de que el viejo Meiji se ha hecho justicia. Le registraré, por si lleva documentos.

Inclinóse para hacerlo, ignorando que a unos diez metros de distancia, un hombre luchaba por contener sus impulsos repitiéndose una y otra vez: «No intervengas en aquello que no te afecte, y menos aún en asuntos en los que haya por medio nipones».

—¡Al diablo con Cresswell, sus consejos y su Sección Civil de Investigación! No voy a permitir que se lleven a la muchacha.

¿De qué armas disponía para enfrentarse con aquellos tres individuos? Sonrió al recordar que en el bolsillo derecho de su americana llevaba una pistola descargada que le prestó su amigo Merriman Chennery, miembro de la Comisión Económica y Científica de Mac Arthur, para que le sirviese de modelo en un dibujo publicitario. No tenía proyectiles, pero eso lo ignoraban todos menos él.

Aprovechando que los dos europeos y la joven miraban a Haruji Konoye, que registraba minuciosamente el cadáver, sigiloso, aproximóse al grupo y ordenó:

—¡Levantad los brazos! ¡Pronto o disparo!

Su tono de voz era tan amenazador que los tres hombres le

obedecieron, intimidados, más que por el arma, por el gesto duro de Rodney Henderson, antiguo oficial de Infantería de Marina.

—Sitúese detrás de ellos, señorita, y desármeles. No se preocupe. No se moverán. ¡Si lo hiciesen...!

La frase incompleta era tan elocuente, que Jacques Tandeddu se estremeció. Solo Haruji Konoye conservaba la serenidad. Él fue quien dijo:

—Aún está a tiempo de marcharse, extranjero. Si impide que capturemos a la muchacha, se creará poderosos enemigos.

—No me importa. ¿Terminó, señorita?

—Sí. Tome.

Entregó a Rodney Henderson dos revólveres calibre .38, y un afilado puñal. El dibujante, guardándose el cuchillo y su inservible pistola, empuñó las armas de sus enemigos.

—Dad media vuelta, y caminad despacio.

Fue obedecido sin réplicas. El norteamericano y la muchacha les siguieron.

Nagako Masutani inquirió:

—¿A dónde les lleva?

—Al Cuartel General del Mando Supremo de las Fuerzas Aliadas. ¿Sabe su emplazamiento?

—¿Quién lo ignora en Tokio?

—Tiene razón. En la colina Maruyama quedó mi caja de pinturas y el caballete. Vaya a recogerlo, y procure alcanzarme. Si no lo consigue, reúnase conmigo donde le he dicho.

—Le obedeceré gustosa.

Atento a la vigilancia de los que estimaba indeseables, Rodney Henderson no vio el gesto de alivio de la muchacha.

El grupo de hombres cruzó frente a las ruinas del templo budista, de Zojoji. Por arbolados paseos, llegaron al exterior. El norteamericano lanzó un suspiro de satisfacción al ver a una patrulla militar que, en un «jeep», acercábase a donde él estaba. Llamó a los soldados agitando en el aire uno de los revólveres y, tras explicarles lo ocurrido, identificándose, dijo:

—Llévenles, voy a buscar a la joven para que sirva de testigo. Fue por mis pinturas. No se confíe. Son individuos, peligrosos.

—Lo tendré presente. Pediré otro «jeep» para facilitar el traslado.

Rodney Henderson, tranquilizado, penetró de nuevo en el Parque Shiba. Apenas hubo caminado unos pasos, se detuvo, temeroso de que Nagako Masutani regresara por otro sitio.

—Será mejor que la espere aquí.

Del bolsillo de la camisa sacó la cachimba, que se guardara, durante el «harakiri» para que el humo no delatase su presencia, encendiéndola.

Resultaba increíble que en la espléndida mañana de primavera pudiera nadie morir a propia voluntad, con la sonrisa en el rostro. Todo invitaba a la vida. La canción del agua que desde los próximos manantiales marchaba al lago, el canto de los pájaros, el sol, el aroma de las flores... El exotismo del paisaje —templos, lotos, crisantemos y el lejano sonido de un «samisén»{1} —invadíale los sentidos.

Transcurrieron los minutos. Extrañado por la tardanza de la muchacha, consultó su reloj de pulsera. ¿Se habría encontrado con más enemigos? Tal vez permaneciese junto a su padre, en postrer despedida.

Aguardó, esforzándose en no impacientarse. Al fin, asaltado por una idea, dirigióse con rapidez al lugar desde el que fue testigo y protagonista de tan desconcertante aventura. En la colina de Maruyama no encontró sus útiles de trabajo, y sí una cuartilla escrita a lápiz en correcto inglés, que leyó, reprochándose su ingenuidad:

> «Enviaré lo que le pertenece al S.C.A.P.{2}. No quiero complicaciones con las autoridades de ocupación. Gracias por todo».

No llevaba firma. Rodney no la necesitaba.

Aceptando los hechos consumados, y luego de llamarse necio por no haber previsto semejante actitud, encaminóse al exterior del parque. Antes de abandonarle llegó a sus oídos un lejano «tam-tam». Miró a su espalda. Un grupo de monjes salía del templo de Benten, procesionalmente, entonando extraños himnos.

Escarmentado por su anterior curiosidad. Henderson no se detuvo a presenciar los actos religiosos sino que, a buen paso, salió del Parque Shiba y, montando en un automóvil de alquiler, ordenó al chofer:

—Al Cuartel General del S.C.A.P. Si va deprisa, tendrá propina.

—Lo procuraré.

A la máxima velocidad permitida por las leyes de tráfico, el vehículo penetró en la ciudad no tardando en detenerse en el lugar deseado por Rodney, que añadió unos yenes al importe de la carrera.

Poco después se hallaba en el despacho del comandante Austin Drake. El militar le recibió con semblante preocupado.

—Le esperaba, Henderson. Los soldados me contaron su historia. ¿Qué más puede añadir?

—El cadáver se encuentra junto al monumento de Ino Chukey.

—He enviado por él. ¿Y la chica?

—No quiere nada con nosotros. Vea la nota.

El jefe norteamericano tomó la cuartilla.

—Siéntese, Rodney, y cargue su pipa. La lleva apagada.

—Gracias.

El comandante Austin Drake encendió un «Philip Morris» y aspiró voluptuoso el humo, ordenando sus ideas. Rodney, que le observaba, se previno. Su interlocutor podía ordenarle marchar del Japón si estimaba, que su comportamiento obstaculizaba la labor amistosa de los Estados Unidos.

—No dudo de su palabra, Henderson —comenzó el militar—, pero estimo que mejor hubiera hecho desentendiéndose de lo que no fuera su trabajo.

El dibujante enrojeció.

—¿Insinúa que debí permitir que raptaran a la muchacha?

—No sea romántico. Usted no ignora que en las grandes ciudades de nuestra patria, y a falta de pruebas contra los jefes de «gangs», se acostumbra a introducir un policía en una organización criminal, a fin de que este promueva roces con otros grupos de «gangsters» y se eliminen. Aquí no hacemos nada parecido, pero los Servicios Secretos de todas las potencias, que luchan por sus respectivos países, acostumbran a matarse entre sí, lo que nos reporta la ventaja de tener menos enemigos. Si no me explico con la suficiente claridad, adviértamelo.

—Le entiendo bien. ¿Dónde va a parar?

—Ahora lo sabrá. Si esa muchacha...

—Nagako Masutani.

—Mejor si sabemos su nombre. Ella no se ha presentado a denunciar a los que indujeron a su padre al suicidio. Esta interpretación del «harakiri» queda para nosotros. La muerte voluntaria es en el Japón una gloria nacional, hasta el extremo que a seis kilómetros de la capital se alza un templo, el de Sen-Gakudji, en el que existen cuarenta y siete tumbas de otros tantos hombres que se abrieron el vientre en honor al daimio Asano Naga-Nori, señor del clan de Enya. Dicho templo es un lugar de peregrinación donde los padres llevan a sus hijos para enseñarles, según ellos, una lección de honor y heroísmo. Pero... volvamos a lo que ahora nos importa. Nagako Masutani fue tratada con brutalidad y, sin duda, hubiera sufrido tormento para que dijese el secreto por el que murió su padre. ¿Quién le asegura, Henderson, que esa joven no es tan culpable como los hombres que usted ha detenido, y no quiere dar explicaciones a la Ley? ¿Por qué no puede tratarse de una lucha entre nuestros enemigos, en cuyo caso debemos frotarnos las manos, satisfechos? No es una mujer de alma sencilla ni elevados sentimientos. Usted la vio cortar el cuello a su padre. Escúcheme. Procure olvidarla y...

Le interrumpió el timbre del teléfono. El comandante Austin Drake tomó en sus manos el auricular.

—Sí; al habla... A sus órdenes, mi coronel... Lo tendré presente. ¿Manda algo más?... Gracias —colgó para decir a Rodney—: Tiene mala suerte, Henderson. La embajada francesa, con la que se han puesto al habla sus prisioneros, ha reclamado a Jacques Tandeddu, Josiah Marquat y Haruji Konoye.

—¿Les van a libertar?

—Si no hay pruebas de su delito, no podemos retenerles. Usted afirma y ellos niegan.

—¿Cómo justifican su estancia en el Parque de Shiba, su agresión a Nagako Masutani?

—Dicen que la vieron conversando con usted, y fueron agredidos.

—¿Y las armas?

—Disponen de licencia.

Henderson meditó unos instantes. Estaba seguro de que aquellos individuos eran peligrosos para la paz del Japón. ¿Cómo impedir que les soltasen?

—¿Cuál es su misión en la embajada de Francia?

—El japonés actúa de intérprete. Josiah y Jacques son nacidos en París. No se esfuerce, Rodney. Al no acudir la muchacha, perdió usted la partida. Dura enseñanza. Nunca se acaba de conocer a las mujeres. Vaya al «club» de corresponsales a tomar una copa, y olvídese de lo que no sean sus lápices y pinceles... si se los devuelven. Buenos días, Rodney.

El comandante Austin Drake, poniéndose en pie, estrechó la diestra del norteamericano, que hubo de admitir su derrota.

—Posiblemente tenga usted razón. Hay que dejar que los nipones se abran el vientre con entero placer. Hasta otro rato.

—Adiós.

Rodney abandonó el Cuartel del Mando Supremo de las Fuerzas Aliadas, y anduvo en dirección a Yoshivara pasando frente al templo Asakusa-Kwan-non. Luego de cruzar el río Sumidagawa, en Azumabashi tomó el ferrocarril de circunvalación, apeándose en las inmediaciones de los jardines de Dango-Zaka. Quizá aun estuviese Susan allí. Necesitaba la compañía de una mujer para conseguir olvidar la figura de Nagako Masutani decapitando a...

Cerró los puños con fuerza, negándose a pensar. ¿Iba a comportarse como una criatura? En el Pacífico, en lucha, precisamente, contra los japoneses, presenció escenas de horrible barbarie. La muerte le era familiar.

Susan Bedford no se hallaba en la Exposición de Crisantemos. Fue a marcharse, pero una voz le detuvo:

—Aguarda, Rodney. ¿Ya no conoces a los amigos?

—No te había visto.

Merriman Chennery, doctor en Medicina, miembro de la Comisión Económica y Científica de Mac Arthur, tendió su mano al pintor, que la estrechó con afecto:

—Buscaba a Susan.

—Marchó hace un rato. Vamos a tomar una copa.

—Sí, falta me hace.

—¿Qué te sucede?

—Te lo referiré cuando nos sentemos en cualquiera de los veladores. Hoy, por ser japonesas, no me gustan ni las flores.

—¿Y las mujeres? Son dulces y melancólicas como melodías en...

Henderson no le permitió que terminara.

—Di mejor sanguinarias y crueles.

—¿Qué mosca le ha picado?

Los dos hombres sentáronse en una plazoleta, teniendo a su derecha un macizo de crisantemos y a su izquierda un pequeño estanque cuajado de lotos. Merriman Chennery pidió dos dobles de coñac. Rodney, insensible a la belleza del ambiente con frase reposada relató su aventura imprevista, sin omitir el ridículo epílogo en el S.C.A.P. Esperaba una broma de su amigo, y no fue así:

—¿Estás seguro de no equivocarte?

El semblante de Merriman denotaba seriedad y preocupación.

—Por completo. ¿Lo dudas?

—No. Es que... —el rostro del miembro de la Sección Económica Científica de Mac Arthur se había ensombrecido—. Sé que eres discreto. Necesito que me hagas de memoria unos retratos de cuantos han intervenido en lo que te obsesiona.

—¿Te interesa de veras?... Vamos, sé sincero conmigo. Hay algo que no te atreves a decirme. ¿Qué es?

Merriman Chennery no vaciló.

—Tu ayuda será más eficaz si, dándote una prueba de confianza, comprendes que la Providencia te ha puesto en el camino que yo me he esforzado en vano en hallar.

—No te entiendo.

—Existe en Tokio una organización clandestina de gentes que bajo la denominación de patriotas, cometen toda clase de actos criminales. Muchos nipones sinceros colaboran con ellos, en la creencia de que se trata de un movimiento nacional contra el invasor.

La sonrisa de Henderson tornóse amplia, comprensiva.

—¿Qué tiene que ver un médico con esos problemas policíacos... o de espionaje?

—Pertenezco al Servicio Secreto desde hace años, y mi título científico me sirve de «camouflage». Ya sabes una verdad que en cualquier instante puede costarme la vida. El resto de la historia lo conocerás en otro lugar. Voy a mostrarte algo que dejará en ti peor recuerdo que el «harakiri» del padre de Nagako. Fuera tengo mi coche.

Merriman Chennery se puso en pie, depositando unas monedas en el velador. Con paso rápido los dos hombres salieron de los jardines

para subir a un moderno «Chevrolet», que, diestramente conducido por el médico, bordeó el palacio Imperial para detenerse en el edificio de la Embajada de los Estados Unidos, próximo al hospital de la Cruz Roja.

Ascendieron por una ancha escalera, cubierta con linóleum, hasta alcanzar el piso primero y único de la casa.

Por un largo y estrecho pasillo llegaron a las habitaciones destinadas al personal de servicio, penetrando en una de ellas, a cuya puerta había un soldado.

El cuadro que se ofreció a los ojos de Henderson fue estremecedor. Sobre un lecho, completamente desnudo y mal cubierto por una sábana, hallábase un hombre con el rostro y el pecho amoratado.

—¿Le conoces, Rodney?

—No. ¿Quién es?

—Tú eras muy amigo suyo. Se trata de Ralph Anstruther, secretario particular del coronel Cresswell. Desapareció hace una semana, y le encontramos anoche junto a la estación de Meguro. Aún no ha muerto, pero no hay esperanzas de salvarle. Le han destrozado las articulaciones de brazos y piernas, partiéndole los tendones.

—¿Por qué?

—Le torturaron para que dijese lo que sabía... y lo que no sabía. Te repito la amenaza que hicieron a Nagako Masutani ante el cadáver de su padre. ¡Mírale bien, Rodney! Sé que hicisteis la guerra en el mismo batallón, y que te salvó la vida. ¡Necesito que me ayudes a vengarle!

Henderson permaneció unos segundos en silencio. La sangre coloreaba sus mejillas.

—¿No ves ninguna posibilidad clínica para que no muera? Tiene mujer y dos hijos en Nueva York.

—Está prácticamente acabado. Casi es preferible. Sería toda su vida un inválido. ¡Parece que recobra el sentido!

En efecto. El moribundo abrió los ojos para cerrarlos de nuevo. Merriman arrodillóse a uno de los lados de la cama. Rodney lo hizo al otro, llamándole:

—Ralph, estás a salvo.

El aludido abrió los tumefactos labios para lanzar un grito de

espanto, por el que se escapó su vida.

—¡No hablaré!... ¡No hablaré!

Doblóse trágicamente su cabeza, mostrando una profunda llega en el cuello. Henderson, muy pálido, no tuvo fuerzas para ponerse en pie. Cuando lo hizo, sus dedos acariciaron la frente del que acababa de morir.

—Dame un cigarrillo, Chennery —pidió con voz ronca.

El médico le tendió un paquete y, segundos después, los dos fumaban en silencio. ¡A Rodney le resultaba increíble tanta crueldad! Lo mismo hubieran hecho con Nagako Masutani, de no haberlo impedido él. Le dolía la ingratitud de la muchacha. Si pudiese encontrarla para advertirla del riesgo...

—¿Piensas en ella?

—Sí. ¿Supones que sus tres fracasados raptores pertenecen a esa organización que perseguís?

—No hay que descartar esa posibilidad. Tu labor consistirá en encontrarla, y averiguar qué indujo a su padre a la práctica del «seppuku». Mantendrás contacto conmigo. ¿Tienes armas?

—Dos revólveres. Habré de mandarlos al S.C.A.P. Al comandante Drake se le olvidó pedírmelos.

—Yo te facilitaré una automática, municiones y un pase para que, por parte de las autoridades de ocupación, se te den las máximas facilidades. Comeremos juntos, e invertiré la tarde en darte un completo curso de espionaje. Tu pronta eficacia dependerá de lo que tardes en asimilar mis enseñanzas.

Dirigieron una mirada al cadáver de Ralph Anstruther, antes de abandonar la estancia.

En un despacho de la planta baja, Merriman Chennery, tras cerrar la puerta con el cerrojo interior, comenzó a hablar...

CAPÍTULO II

UNA FAMILIA DE SAMURÁIS

—¿A dónde vas, Nagako?

La interrogada miró con ternura a su madre, cuyo rostro, surcado de arrugas, denotaba años de privaciones y sufrimientos.

—Acompañaré a mi hermana. Es más pequeña que yo, y, sin embargo, le concedes mayor libertad. ¡No te enojes, madre! No debí decirlo.

La anciana, con semblante inexpresivo, revelador de gran fortaleza de alma, contestó:

—Por mi gusto, tampoco ella saldría.

Calló un momento, y continuó:

—Lo cierto es que gracias a sus lecciones podemos subsistir. Tu padre no quiso envilecerse en trabajos manuales, y el traducir libros dio siempre poco dinero. Ya no podrá ganar ni eso. ¡Era un patriota y murió como un «samurái»! Quien había derramado su fortuna en la guerra contra el invasor, era lógico que muriese dándoos ejemplo de cuál debe ser la conducta ante la deshonra.

La madre guardó silencio. La habitación en la que se desarrollaba el diálogo era amplia, adornada con restos del pasado esplendor de la familia. Junto a Nagako Masutani, su hermana, de rostro bello y magnífica figura. Iba vestida a la europea, con un traje de chaqueta que se amoldaba de modo perfecto a su cuerpo escultural. Irabumi Masutani era una belleza oriental, aún más sugestiva que Nagako. Dijo:

—Tengo que marcharme o llegaré tarde.

—Hazlo, pero antes respóndeme a una pregunta. ¿Es cierto que has hablado esta mañana con Susan Bedford, la que vive en el chalet contiguo al nuestro?

—Sí.

—¡No vuelvas a hacerlo! Es una mujer de costumbres disipadas,

una extranjera. Llevas sangre de «samurái», y no debes contaminarte de indignidad.

—¡Es buena! —repuso Irabumi.

—No puede serlo una mujer que frecuenta el nocturno trato con hombres. La he visto regresar a las dos y las tres de la madrugada. Los europeos carecen del sentido del honor. Para nosotros lo es todo. No sin amargura, acepto vuestra ropas como una exigencia de los tiempos que corremos, pero os maldeciría, muriéndome de pena, si os olvidarais de vuestros antepasados.

—No te preocupes, mamá.

Salieron las dos jóvenes al jardín de la casa, en el que había una estatua de Inari, el dios del arroz, y abrieron la puerta de hierro que separaba el hotel de la llamada Ciudad Antigua, donde se alzan primorosos chalets.

Ya en la calle, Nagako Masutani se detuvo para mirar con ironía a su hermana:

—¿Por qué no te ha gustado mi idea de acompañarte?

—Sé ir sola. Además, estorbarías mi trabajo.

—¿Qué trabajo? —tornó a inquirir la joven, sarcástica.

—El de dar lecciones de nuestro idioma a una honorable familia francesa.

—¿Cómo no lo haces por la tarde?

Irabumi, impaciente e inquieta, respondió:

—Todos regresan ya de noche a casa.

—¿Y ello te invierte hasta horas más avanzadas que las que mamá reprocha a Susan Bedford? Es inútil que intentes engañarme. Aunque duermas en el ala opuesta de la casa, te he oído muchas noches. Otras te he esperado, viéndote pasar descalza. ¡Soy tu hermana mayor, y exijo una explicación!

—¿Por qué hoy precisamente? —interrogó Irabumi.

—He visto morir a nuestro padre, y he jurado ser digna de él. Tú me huyes siempre.

—¿Esa ha sido la razón de acompañarme?

—No. Necesitaba salir.

—¿Tú también tienes secretos?

El tono de voz de las dos hermanas era hostil. Irabumi hablaba con temor y altanería, en confusa mezcla de sentimientos. Nagako

autoritariamente, como quien se sabe en posesión de la verdad.

—¿Y si se lo dijera a mamá? —preguntó a su vez.

—¡No lo harás! Tu deber y el mío es hacerle gratos los años que le restan de existencia. Ya continuaremos el diálogo en otra ocasión. Tengo prisa.

Nagako quiso impedir que Irabumi se fuera, pero no lo consiguió. La joven, al pronunciar su frase de despedida, ya caminaba, alejándose.

Durante unos minutos sintió tentaciones de seguirla para averiguar su misterio, pero el roce de un papel, que guardaba en el pecho, la obligó a desistir.

¿Quién le habría mandado el mensaje? ¿El americano que la salvó de caer en manos de sus enemigos, o estos mismos? Se comportaba temerariamente acudiendo a la cita. De un modo u otro, era necesario que aclarase la incógnita. Leyó, una vez más, la extraña misiva:

> «Un amigo que desea hacerle un favor y librarla de un peligro, estará esperándola a las diez de la noche en el bar francés que hay instalado frente al «Club de Tokio». Si no acudiera, insistirá durante tres días consecutivos».

El lugar donde había de efectuarse el encuentro era uno de los más frecuentados de la capital, por lo que resultaba imposible un rapto o una violencia.

Nagako consultó su reloj de pulsera. Faltaban treinta minutos para la hora indicada. ¿Qué hacer, hasta entonces?

Paseó evocando los sucesos de una jornada pródiga en emociones. Amante de la justicia, tuvo que reprochase su actitud hacia el hombre que la salvó de caer en manos de Jacques Tandeddu y de Haruji Konoye, el excriado de su familia. Imaginóse el asombro del pintor, y su infructuosa espera en el Mando Supremo de las Fuerzas Aliadas.

Suponía ya en poder del heroico joven el estuche del trabajo. Al examinar, con femenina curiosidad, la carpeta de apuntes, reparó en que su salvador era un artista excepcional. A ella también le entusiasmaba la pintura.

Bordeó las elevadas tapias del palacio imperial, en cuyas puertas montaban guardia soldados norteamericanos y, con unos segundos de

antelación, llegó a un bar muy concurrido y en el que, a la izquierda de un largo mostrador, en un amplio salón, había numerosas mesas ocupadas por gentes de todas las nacionalidades.

¿Cómo iba a reconocer a su misterioso comunicante? Palideció al ver a un hombre que se acercaba sonriendo:

—Hola, Nagako. ¡Qué grata sorpresa!

—Me admira su cinismo. ¿Qué quiere de mí?

El rostro de Rodney Henderson denotó asombro.

—¿Yo?... Sentémonos. Estamos llamando la atención.

Se acomodaron en torno a una mesa. El norteamericano sacó un papel del bolsillo de la americana, tendiéndoselo a la mujer. Estaba concebido en idénticos términos que el de la muchacha.

—Es usted muy habilidoso.

—No lo crea, Nagako. ¡Nos amenaza la muerte! Yo ignoro su domicilio. ¿Cómo supo usted mis señas? Respóndame. ¿Me citó?

—No.

—Entonces... ¡alguien lo ha hecho con turbios fines! Ignoro lo que nos deparará la próxima media hora. Mentiría si ocultase mi satisfacción por encontrarla —ella le interrogó con la mirada—. ¿Por qué se refugia tras una muralla de frialdad? Yo puedo ayudarla. Lo presencié todo desde la colina, sintiendo horror hacia usted por su crueldad, por su falta de amor filial. ¿Cómo tuvo fuerzas para decapitar a su padre?

—Me las dio la obediencia, la tradición, la grandeza de alma. No me extraña que no me comprenda. Tales conceptos son desconocidos para los extranjeros.

Nagako hablaba, con un desprecio sin límites, mordiendo las frases. Irritado, Rodney replicó:

—Cometió un acto de barbarie, reprobable, indigno.

La oportuna llegada de un camarero cortó la réplica de Nagako.

—¿Qué desea la señorita?

—Nada. Le llamaré si le necesito.

Alejóse el sirviente, y hubo unos segundos de silencio. Henderson, arrepentido de su anterior brusquedad, inquirió:

—¿Por qué no toma una taza de té?

—Aquí es imposible realizar una de las bellas artes de mi patria. No me entiende, ¿verdad?

—En efecto. Explíquese mejor.

—No dispongo de tiempo. ¿Recibió sus útiles de trabajo? Se los envié con un recadero.

—Sí; ya están en mi poder. Lo cierto es que nada tengo que decirle, a no ser...

Se detuvo, como no encontrado el adjetivo.

—¿Desagradable?

—Sí, Nagako. ¿Qué indujo a su padre al suicidio? Sea sincera conmigo. Arriesgué mi vida por salvarla. No se lo digo para hacer valer un favor que usted no me pidió, si no para que comprenda que me mueve solo el espíritu caballeresco, virtud que no es privativa de su raza. Si la capturan, la atormentarán.

—No importa.

El rostro de la joven reflejaba absoluta indiferencia al dolor y a la muerte. Rodney insistió:

—Por falta de pruebas libertaron a esos tres hombres. Quizá ellos nos han citado aquí. Permítame conocer lo que persiguen, para defenderla mejor.

—Yo no tengo miedo. ¿Y usted?

La reacción de Nagako encolerizó tanto a Henderson, que hubo de hacer un esfuerzo para no golpearla. ¿Es que aquella mujer carecía de corazón?

Barbotó:

—¡Es usted una estatua, insensible al temor y a la gratitud! Óigame: No soy cobarde, y he sentido pánico muchas veces, ganas de correr frente al enemigo, de esconderme en cualquier pliegue de la tierra. El no hacerlo se debió a un sentimiento de responsabilidad... ¡Parece una esfinge! —aunque en tono bajo, apasionado, Rodney mordía las palabras—. Usted no es una mujer. La considero incapaz de estremecerse de amor entre los brazos de un hombre. A lo más, aceptará el matrimonio como un deber de procreación. Su alma y su cerebro no son sino engranajes de una máquina incapaz de otra cosa que no sea la esclavitud y el odio. ¡Me da pena, Nagako! Morirá estúpidamente, sin conocer lo único por lo que debe vivirse, el amor y la amistad. ¡Adora, con servilismo, a su Magnánima Alteza, a la Sublime Majestad, al Imperial Hijo del Dai Nippon...!

—¡Basta!

Nagako Masutani, que había escuchado con una sonrisa de superioridad los insultos, se indignó por el tono irónico con que Henderson pronunciaba algunos de los títulos del emperador Hiro-Hito.

Los dos jóvenes se miraron con rencor. La muchacha, de pronto, se puso en pie, mirando a la puerta del establecimiento. Pese al dominio que ejercía sobre sus reacciones, Rodney la vio apretar los puños con ira. Se volvió a tiempo de ver que entraban en el local Susan Bedford y una japonesa de extraordinaria belleza, acompañadas de Merriman Chennery y de un teniente de las Fuerzas Aéreas. Las dos parejas acodáronse en el mostrador.

—¿Les conoce?

—Ahora lo sabrá.

La faz de Nagako tornóse de nuevo inescrutable. Con el paso breve que caracteriza a la mujer nipona, se acercó a los recién llegados. Rodney se preguntaba qué tendría que decir Nagako, y los motivos de su dominada ira.

—¡Irabumi, si terminaste tus lecciones, vete a casa! ¡Yo te lo mando!

La aludida, a la que tenía cogida del brazo el oficial norteamericano, miró a su hermana con un estremecimiento. Los acerados ojos de Nagako ahogaron en flor sus protestas. Dispúsose a obedecer, más en ese instante cesó la música emitida por la radio, y la voz de un locutor dijo:

—¡Atención!... ¡Atención! Nos comunican del Cuartel General de Mac Arthur, que ha sido proscrita la prostitución legal, dándose ordenes al gobierno japones para que se anulen todos los contratos o convenios que esclavizan a la mujer. El año mil novecientos cuarenta y seis será recordado por tan importante decreto.

¿Qué pasó en el alma de Irabumi Masutani? La joven encaróse con Nagako:

—¡Haré lo que se me antoje! Márchate tú si quieres. Yo me quedo.

Volvióse de espaldas, cara al mostrador, quizá para no vacilar ante la mirada conminatoria de su hermana. La tensión entre las dos mujeres fue rota por Merriman Chennery:

—Hola, Rodney. Toma una copa con nosotros, y preséntenos a tu

bella amiga.

—Esta señorita es...

No bien hubo iniciado la frase, Nagako, que no deseaba el trato con extranjeros y menos aún con los que hicieron olvidar a su hermana los principios inculcados por su padre, encaminóse a la puerta. Henderson se disculpó con Susan y Merriman para ir tras ella, alcanzándola en el exterior del establecimiento. Le preguntó al juntársele:

—¿Quién era esa muchacha a la que te has dirigido con tanta violencia?

—Mi hermana menor. ¡Malditos sean los invasores de mi patria! ¡Usted también!

—Gracias. Me da la sensación de ir junto a una hermosa fiera sin domesticar.

Tokio se hallaba desierta, en la noche, sin luna ni estrellas. De vez en vez, cruzaban «jeeps» con patrullas militares. La mayor parte de los japoneses habían aceptado con gozo la paz y con odio al invasor. ¡Que les dejaran a solas con su derrota!

El silencio llegó a hacérsele insoportable a Rodney, pero contuvo su deseo de hablar en espera de que Nagako se tranquilizara, lo que no tardó en suceder.

—¿Va a obstinarse en acompañarme hasta casa?

—Sí. Alguien nos reunió en el bar, ignoramos con qué fin. He de defenderla de la muerte.

—¡Sería una liberación! ¡Pobre madre!

Ya en la ciudad antigua, donde habitaba la familia Masutani, Rodney sintió deseos de arrojarse a tierra. Era el sexto sentido, que en el frente le impulsó una y cien veces a refugiarse antes de la explosión de una granada.

Volvióse rápidamente, a tiempo de ver que un automóvil, con las luces apagadas, acercábase a ellos. Miró en torno suyo. Se encontraban junto a un chalet.

—Deprisa, Nagako.

La cogió por la cintura, conduciéndola junto al reborde de cemento de la puerta del hotelito.

—¡Al suelo! —susurró.

Como la muchacha no le obedeciera, la derribó de un empellón al

tiempo que esgrimía su automática. Una ráfaga de proyectiles aulló sobre sus cabezas.

El automóvil frenó, pero impulsado por la velocidad, no se detuvo hasta unos veinte metros más abajo. El conductor dio marcha atrás, para comprobar el éxito o el fracaso del atentado. Henderson tomó en sus manos el pestillo de entrada al chalet, haciéndolo girar. No fue preciso que destrozara la cerradura a balazos, pues la verja estaba abierta.

Ya en el interior del jardín, sin soltar a Nagako, se dispuso a la defensa. No fue necesaria. Sus atacantes, juzgándose fracasados, se alejaron. Al perderse en la noche el ruido del motor, Henderson se puso en pie.

—No falló mi corazonada —dijo—. Salgamos.

—No es necesario —respondió la joven—. Estamos en mi casa. ¿Vuelven?

—No. Es un «jeep». ¿Tiene inconveniente en permitirme pasar hasta que se vayan los soldados? No me agradan las explicaciones.

—Entre. Me salvó de morir por segunda vez.

Con un llavín, Nagako alcanzó la estancia en la que tuvo lugar el diálogo con su madre e Irabumi. Rodney observó las numerosas figuras de marfil y las dagas y espadas que pendían de las paredes, adornándolas. Se impuso su espíritu práctico.

—Un anticuario daría un buen puñado de dólares por cualquiera de estos objetos. ¿Vive sola con su hermana?

—No. Mamá duerme en el otro extremo del chalet.

—¿No la habrán despertado las detonaciones?

—Posiblemente estaría orando en el «kito-jo»[3]. No se inquiete. Aunque nos sienta no vendrá, limitándose mañana a preguntarme qué hacía un hombre en casa a tales horas.

—Me impresiona la idea de enfrentarme con la mujer que la educó de forma tan... tradicional. ¿Me permite que me siente?

—Hágalo. ¿Responderá a una pregunta?

—Con sumo gusto. Así le daré ejemplo de sinceridad y afecto.

—¿Por qué arriesga tanto en favor de una desconocida? Se ha creado poderosos enemigos.

—Llámelo como se le antoje. Romanticismo o elevado espíritu de caridad. No crea que los japoneses monopolizan el alma. Olvídese

por un instante de su orgullo de raza. Los que incitaron a su padre al... «seppuku» —por un instante temió decir suicidio—, los que quisieron capturarla y hoy han fracasado, volverán de nuevo a la carga. ¿Qué tragedia se cierne sobre su familia, Nagako?

Por vez primera, Rodney creyó ver en los ojos de la muchacha un destello de cordialidad. No obstante, la réplica fue negativa.

—No puedo complacerle. Me lo impide el respeto, el honor de los míos. No insista, se lo ruego.

—¿Quiere prometerme una cosa? No frunza el ceño. No le pediré nada que contraríe sus principios. Tome mi tarjeta —le entregó una cartulina—. Me hospedo en el hotel Seiyoken. Llámeme si me necesita. Me voy. No quiero que su casa sea profanada por más tiempo con la presencia de un extranjero que solo desea ser su amigo.

Se incorporó. Nagako Masutani, sin una palabra, inclinóse, acompañándolo hasta el jardín.

—Debiera cerrar la verja —le aconsejó Henderson.

—Aun ha de regresar mi hermana.

Al penetrar de nuevo en el chalet, la joven notó que su corazón palpitaba con violencia. Tomando la tarjeta entre sus dedos, largos y cuidados, en un impulso jamás sentido, fue a llevarla a los labios. Se contuvo. El sentimentalismo era indignó de hija de un «samurái». El que Rodney se hubiera comportado con caballerosidad, convirtiéndose en su Providencia, no debía mermar su odio al invasor.

Para enfurecerse recordó a Irabumi. Su comportamiento era execrable.

Dispuesta a dar a su hermana una inolvidable lección, fue al oratorio, contiguo a la alcoba de sus padres. El santuario era pequeño, desprovisto de adornos ni objetos de culto. Las paredes estaban pintadas de blanco y azul, colores que evocan la pureza del alma humana, para el sintoísmo libre del pecado original. Un gran espejo plano colgado en la pared centró la mirada de la joven, quien, sentándose a la usanza del país, oró largo rato. De vez en vez levantaba los ojos para contemplarse en la luna, de gran pureza, que simboliza el humano corazón que, si está limpio de culpa, es capaz de reflejar la imagen del hombre, convertida, por el sintoísmo, en divinidad.

Tras la meditación, Nagako incorporóse para tomar el «wakizashi» con el que se dio muerte su padre, y que hallábase debajo del espejo. Por un instante contempló la espada corta, en cuyo acero había manchas de sangre seca.

Una y otra vez hubo de rechazar la imagen del norteamericano, su rostro noble, de ojos negros y sonrisa leal, su cuerpo de atleta y su carácter sincero. Indudablemente, aquel hombre era más arrogante que los jóvenes nipones que conocía.

El ruido de pasos en el jardín, la hizo levantarse. ¡Irabumi entraba!

La tranquilidad de su hermana y el que la mirase a la cara sin avergonzarse de su comportamiento, irritó a Nagako.

—Te esperaba.

—Lo suponía. Pierdes el tiempo con sermones. Estoy harta de fanatismos. Quiero ser libre para amar y para sufrir.

En pie, desafiáronse con el gesto.

—¿Olvidas tu patria?

—Ellos también luchan por la suya.

—No con divino concepto. Para los americanos lo esencial es la tierra por sus riquezas y porque constituye el lugar donde nacieron. Para los japoneses es la morada de los dioses, de los antepasados, la residencia del representante del cielo: el Emperador, descendiente de Amaterasu, el dios del Sol.

Todo lo esperaba Nagako de su hermana, menos la respuesta que escuchó:

—Desde Pearl Harbour ha cambiado la historia del Japón.

—¡No! —gritó más que dijo la primogénita de los Masutani—. Nuestro padre murió para demostrarnos que nada debe ser distinto. ¿Insultarás su memoria?

Irabumi, serenamente, contestó:

—No lo pretendo; tampoco seré esclava de vuestra estúpida y rígida moral. Dentro de una semana, con autorización o sin ella, me casaré con el teniente James Webb.

Nagako, enloquecida por el dolor y la cólera, tomó en sus manos la daga, esgrimiéndola con ferocidad.

—¡Antes de consentirlo te daré muerte!

—Hazlo si quieres. Mi actitud es firme.

Irabumi no retrocedió al ver acercarse a su hermana, en alto el acero y un brillo homicida en sus ojos...

* * *

Rodney Henderson, en un taxi, dirigióse al bar lindante al «Club Tokio». Susan y Merriman le sonrieron.

—Te esperábamos. Supusimos que no iba a ser grato tu diálogo con esa fierecilla nativa. Ya nos ha contado Irabumi la psicología de su madre y de Nagako.

—Son una auténtica familia de «samuráis».

—Le hemos prometido ayuda. El teniente que la acompañaba. James Webb, destinado hace cuatro meses al Cuartel General de Mac Arthur, se ha enamorado de esa chica, y quiere casarse. Ella teme enfrentarse con los suyos, pero la hemos convencido de que lo haga sin demora.

—¿Dónde está Irabumi?

—Marchó con su prometido. ¿Querías hablarle?

—Prevenirla. De Nagako puede esperarse todo. ¿Qué diablos tomáis?

—«Sake», una bebida que se obtiene mediante la fermentación del arroz. ¿Una copa?

—Prefiero *whisky*. ¿Te vas, Susan?

—Solo un momento al tocador. Aún es temprano para retirarme. Confío que Merriman me llevará a bailar a un cabaret.

—Ten la certeza de ello. ¡Poco que presumo a tu lado!

El tono jovial del diálogo se troncó en grave apenas la mujer se hubo marchado a arreglar su maquillaje.

—Óyeme sin interrupciones, Chennery. Acaban de atentar contra mi vida y la de Nagako.

Refirió lo ocurrido, depositando la nota sobre la mesa.

—Nos reunieron para matarnos.

—No. Ese mensaje lo envié yo. No te lo advertí, a fin de que tu sorpresa no fuera fingida y ella no te creyese autor del anónimo. Supe sus señas casualmente por Susan. Vive en el hotel contiguo al de los Masutani. Me preocupa lo que dices.

—Lo comprendo. ¿En qué piensas?

—En ti. ¿Te agradaría quedar convertido en una piltrafa humana como Ralph Anstruther o morir de una cuchillada por la espalda?

—¡Qué cosas se te ocurren!

—Entonces, sigue el consejo que voy a darte. Toma el primer avión para los Estados Unidos.

—Pero...

—Haz lo que te he dicho. Llevo luchando contra esos hombres desde que cesaron las hostilidades, y no he cosechado más que fracasos. Tres de mis mejores auxiliares fueron muertos.

—¿Y mi trabajo?

—Cómprate un centenar de postales, y suple lo que te falte con la imaginación. No me perdonaría que por mi culpa te ocurriese ese algo desagradable.

—Tú no me obligaste a intervenir en el Parque Shiba.

—Te puse en contacto con Naguko. No debí haberlo hecho. Te aguardo mañana en mi despacho. Yo me ocuparé de conseguirte pasaje. ¡Calla! Susan se acerca.

La muchacha se aproximó a los dos hombres.

—Ven con nosotros, Rodney. Te buscaré una amiguita más guapa que yo.

—Imposible. Eres demasiado encantadora para que nadie te supere —repuso Henderson, con galantería—. Os acompañaré, con la condición de que Merriman me permita bailar contigo.

—Yo le convenceré. Voy a ser la mujer más envidiada de Tokio.

Conversaron durante unos minutos con frivolidad. Al salir del bar oyéronse, lejanos, unos disparos. Susan y Rodney miraron a Chennery.

—No nos preocupemos. Desde que acabó la guerra, hay otra guerra fría en Tokio: la desencadenada por los servicios secretos de las diversas naciones que, hablando de paz, se preparan para ser las más fuertes.

La frase de Merriman sonó cargada de funestos presagios.

* * *

El acero centelleó en el aire al describir la curva que terminaría en la garganta de Irabumi, quien, estoicamente, cerró los ojos para que

su hermana no leyera en ellos temor. Su alma, en los postreros segundos, trasladóse a una residencia de oficiales norteamericanos, refugiándose en la de James Webb, al que jamás vería. ¿Para qué defenderse? Notaba sobre sí el peso de una raza, representada por Nagako. Imposible sustraerse a la fatalidad.

—¡Hijas!

El grito detuvo el «wakizashi» a unos centímetros de la garganta de Irabumi, que abrió los ojos sorprendida. Nagako fue la primera en reaccionar.

—Estaba enseñándole el manejo de la daga.

—Creí que reñíais.

—¿Por qué habíamos de hacerlo?

La primogénita de los Masutani, que adoraba a su madre, contestaba con aplomo demostrando una voluntad firme. Irabumi, más débil, sin una palabra, encaminóse a su cuarto.

—¿Qué le ocurre a la pequeña?

—Lo ignoro. Supongo que alguna chiquillada. En ella se quiebra la reciedumbre de nuestra estirpe.

—Ya me he dado cuenta. ¿Qué más tienes que decirme? Me pareció oír...

—He de referirte un suceso acaecido segundos después de que papá se reuniese con sus antepasados.

Con frase breve relató el ataque del Parque Shiba y la intervención de Rodney Henderson, así como el atentado de que había sido objeto poco antes.

—Ese extranjero ha sido providencial para mí. Papá creyó que su muerte nos libraría de peligros. Se equivocaba. Sus enemigos quieren eliminarme, por suponer que poseo su secreto.

—También yo conozco la verdad.

—Sí; pero no es frecuente en el Japón que la esposa goce de la confianza del marido.

—Tampoco una hija.

—Estuve con él mientras se practicaba el «seppuku». Hemos de reconocer que los tiempos han cambiado, y que del viejo Yedó va quedando poco.

Nagako deseaba estudiar las reacciones de la anciana, cuyos ojos fulguraron, rejuveneciéndola.

—¡Mientras yo exista, mi familia no traicionará su estirpe de «samuráis»...

La muchacha tardó en dormirse aquella noche. ¡Pobre de su madre cuando Irabumi abandonara el hogar para casarse con un extranjero, con un invasor!

El descanso de Nagako fue turbado por una pesadilla: veía a Rodney Henderson sonreírle y acercarse para buscar sus labios...

CAPÍTULO III

AL FILO DE LA MUERTE

Merriman Chennery recostóse aún más en el sillón giratorio de su despacho y, entrelazando los dedos de ambas manos, prosiguió su interrumpido relato:

—La lucha es sin cuartel. Un grupo de agentes asiáticos, ambiciosos de extender su dominio al mundo, ha aprovechado lo que bien pudiéramos llamar «ingenuidad patriótica» de los japoneses, y, bajo el lema de «odio a los extranjeros», ha desencadenado una oleada de terrorismo. Por vez primera en la historia del espionaje, trabajamos unidos el «Intelligence Service» británico, el «Deuxième Bureau» francés y el «C.I.A.». Hasta el momento, nuestra labor ha sido infructuosa. Detenemos a miembros de la organización, nipones todos ellos, y es imposible arrancarles la menor pista. Son heroicamente tozudos, y se dejarían destrozar con gozo. Si el gobierno americano no logra hacerse comprender por el gobierno y el pueblo japonés, la paz no será más que una tregua, pues nos hallaremos ante un dilema: permanecer indefinidamente en estos territorios, sojuzgándolos y dando lugar a que se nos tilde de imperialistas, o abandonar el control de las islas, lo que equivale a reconocer nuestra derrota diplomática.

Rodney Henderson, que escuchaba en silencio a su amigo, sugirió:

—Quizá lo mejor sea el término medio.

—Es el que estamos manteniendo, y el que obstruyen los individuos a quienes perseguimos. ¿Te obstinas en no abandonar el Japón?

—Sí.

—No culpes a nadie de lo que pueda ocurrirte. ¿Hiciste los retratos que te pedí?

—Aquí los tienes. Son bocetos bastante aproximados.

El pintor sacó de su cartera tres cuartillas, entregándoselas a Merriman, que las guardó en uno de los cajones de su mesa.

—Luego los examinaré despacio. ¿Qué vas a hacer por la mañana?

—Pasear por la ciudad antigua, y pintar alguno de sus rincones.

Chennery sonrió burlón.

—¿Nada más?

—De paso, intentaré ver a Nagako.

—¿Enamorado?

—Fiel cumplidor de tus órdenes. Aún no sé, de sus labios, por qué se suicidó su padre. Considero tu juicio acertado, más he de confirmarlo.

—Suerte, Rodney.

Los dos hombres se estrecharon la diestra, y Henderson abandonó el despacho oficial de su amigo, en el edificio de la Sección Económica y Científica de Mac Arthur[4]. El pintor dirigióse a la calle en que habitaba Nagako Masutani.

Engañó a Chennery. No deseaba pintar. Su ánimo hallábase conturbado por una noche de insomnio. ¡Quería solo ver a Nagako! Le sugestionaba el carácter de la joven, su exótica belleza, sus inflexibles principios. ¿Y su trabajo? Le era imposible concentrarse.

A las once menos cuarto de la mañana, luego de haberse fumado una pipa, su corazón palpitó gozoso al distinguir a la muchacha. Fue en su seguimiento.

Todas sus precauciones para no ser visto, resultaron inútiles. Ella no volvió la cabeza, abstraída, sin duda, en algún grave pensamiento.

Así llegaron a Takanava, muy cerca de la estación de Meguro y del templo del mismo nombre. Henderson comprendió. Se hallaban frente a las Oficinas del Ejército del Aire Estadounidense. Al verla adquirir el diario «Chiba Shimbu», y, fingiendo leer, ocultar con él el rostro, el pintor dedujo que aguardaba al prometido de su hermana, y que no deseaba ser vista por el oficial.

Rodney, a partir de aquel momento, no vigiló a Nagako, sino que se fijó en la puerta por la que entraban y salían militares, en particular aviadores. La espera fue larga, insoportable para Henderson.

A la una menos cinco, sus nervios pusiéronse en tensión. James

Webb, con una cartera de mano, abandonó su lugar de trabajo, seguido por la japonesa y Henderson.

Ignorando la doble vigilancia de que era objeto, el oficial penetró en el parque Ueno, y, sin detenerse para admirar los numerosos y bellos cerezos en flor, pasó ante las tumbas de los «shogunes» y el monumento a los muertos en la batalla de Ueno, deteniéndose en uno de los restaurantes al aire libre, que hacen de tal lugar el punto de recreo más conocido de la capital.

Acomodose en una mesa aislada por un no muy espeso macizo de boj, sentándose de forma que tuviera frente a él el camino que enlazaba con la puerta principal.

James Webb pidió al camarero uno de los platos más populares del Japón: camarones fritos con huevos, y, abriendo la cartera, se dispuso a estudiar unos planos aéreos, gozando de la magnífica temperatura:

Henderson, que no perdía de vista a Nagako Masutani, observó con inquietud cómo la muchacha aproximábase por la espalda al muro de vegetación que la separaba del oficial. Acortó la distancia, aun a riesgo de ser descubierto.

Vio cómo la joven llegaba hasta el macizo de boj, e introducía su diestra en la cintura para sacar una daga. Con la izquierda, procurando no ser oída, apartó las ramas y alzó el acero sobre la espalda de James Webb que, ignorante del peligro, continuaba examinando el nuevo modelo de avión de combate.

Nagako no llegó a descargar el mortal golpe, porque una mano la asió por la muñeca y otra le tapó la boca para que no gritase, arrastrándola unos metros.



Nagako no pudo descargar el mortal golpe porque una mano le asió la muñeca...

Rodney Henderson, que había intervenido en el movimiento decisivo, y que no deseaba que el oficial conociera la verdad, retorciendo el brazo a la mujer, hizo que cayese la daga al suelo.

—¡Usted! —exclamó Nagako, con rencor.

—El mismo. ¡No voy a dejarla libre sin que me explique las razones por las que quiso asesinar a uno de mis camaradas! No me responda aquí. Puede oírnos James.

El pintor cogió la daga, guardándosela entre el pantalón y la camisa, en la cintura. Después, sin soltar a la muchacha, anduvo hacia la península que en el parque forma la capilla dedicada a la Diosa Benten. La obligó a sentarse en un banco, sin demasiada amabilidad.

—¿Ha pensado, Nagako, que mi deber es entregarla a la policía, y que la juzgará un tribunal militar?

—No me importa. Si intenta asustarme, pierde el tiempo. Siga su camino, y no se inmiscuya en lo que no le afecta.

—¡De la vida solo debe disponer Dios! ¿De qué madera está usted hecha! Si me valiera la...

Se contuvo al observar el gesto hostil de la joven que le retó:

—No se calle. ¿Qué me haría?

—Darle una azotaina como a una niña malcriada y luego injertar en su corazón un átomo de ternura, de amor. No tiene de mujer más que la apariencia externa.

Ella no respondió a los insultos. Su faz parecía la de una estatua.

Hubo un largo silencio. Henderson, serenándose, se dispuso a sacar el máximo partido de su ventajosa situación. Prescindiendo de su inseparable cachimba, extrajo un paquete de cigarrillos.

—¿Quiere fumar, Nagako?

Ella aceptó. ¿Qué había transformado en unos minutos el alma de la muchacha?

—Gracias —dijo.

Fumó con naturalidad, como quien lo ha hecho otras veces. La joven miró valientemente a Rodney.

—¿Va a entregarme a las autoridades?

—No. Lo dije en un momento de cólera. Le tengo demasiado afecto para verla ante los tribunales y en la cárcel por homicidio frustrado. ¿Qué pretendió impedir?

—Eso.

La muchacha señaló a Irabumi que, por el paseo central, se dirigía al encuentro de James Webb.

—Leí una nota del oficial, citándola para esta hora. Decidí

seguirle en espera de mi oportunidad. Más que a mi estirpe, a lo que usted califica de fanatismo, defiendo a mi madre. ¡Ella es capaz de matarse antes que permitir la boda de su hija con un extranjero! ¿De qué se alegra?

El semblante de Henderson reflejaba irónico gozo.

—¡Tiene usted sentimientos! El hielo de su corazón empieza a derretirse. No quiso asesinar a Webb por odio, sino por amor a una anciana a la que le debe el ser. Yo, Nagako, soy un estúpido romántico, y he llegado a quererla. ¡No conteste! Quizá, íntimamente, se ría de mí, pero óigame hasta el final. No puedo desterrarla del trono que ocupa en mi alma. Sé que nos separan siglos de civilización. Deseaba verla, y he conseguido evitar que cometiese algo irreparable, de lo que siempre se arrepentiría. No quiero aún su respuesta; tan solo que sepa que la amo por encima de mi voluntad.

Destilaban dolor y pasión las palabras del hombre. Nagako, conmovida, inclinó la cabeza con abatimiento. ¿Qué tormenta transformaba su espíritu?

—Nunca oí hablar de otro amor que no fuera el de la patria y el Emperador —musitó la joven—. Mi padre era «Gishi», es decir: hombre de rectitud, superior a los más superiores en las ciencias y en las artes, uno de los últimos caballeros feudales del imperio, y me eduqué en el valor, el sacrificio y la lealtad. ¡Cuántas veces le oí decir que me prefería, muerta a «nei-shin» o «cho-chin»![5]

Nagako hizo una larga pausa.

—Desde niña oí hablar del que había de ser mi futuro esposo, hijo de uno de los miembros de la Dieta. Mi opinión no importaba. Mi único deber era continuar la estirpe, dando a la patria una descendencia sana. La guerra trastornó tales planes. Mataron a mi futuro marido, y mi padre, fiel a sus principios, puso a los pies del Emperador hasta la última moneda para los gastos de la guerra. Al ser vencidos, nos encontramos en situación desesperada. Fuimos vendiendo parte de lo que nos quedaba a un chino que, conocedor de nuestra psicología, pagó la décima parte del valor de los objetos. Papá estimaba que nadie debía estar presente, en las transacciones, por ser contrario al código del honor. Depositábamos en el jardín los objetos de que íbamos a desprendernos, y el comprador dejaba junto a la puerta interior del hotelito un sobre con el dinero.

Nuevo silencio, que Henderson, emocionado, respetó.

—Nada preocupaba tanto a mi padre como la derrota. A los dos meses de firmada la paz, vino un día a casa Haruji Konoye, uno de nuestros antiguos criados. A partir de entonces, todo cambió. Mi padre, que estaba recluido en el hogar, ocupado en traducciones de libros —trabajo digno, por considerarse dentro de las bellas artes— comenzó a salir, regresando muy tarde. Por mi psicología racial, yo era su hija preferida. Una noche, no pudiendo contenerse, me dijo que se hallaba luchando por la libertad del Japón. Le pedí que me admitiera a su lado para ayudarle, lo que le satisfizo en extremo. Transcurrieron los meses. Una mañana, creyéndose solo en el oratorio, perdida su característica impasibilidad, dijo a modo de oración unas palabras que se clavaron profundamente en mi alma:

»—Creyendo servir a mi país, le estoy traicionando. No me queda otro recurso que la muerte digna.

»Debí hacer ruido porque se volvió, viéndome en la puerta. Permanecí callada. Los hijos no debemos hablar a nuestros padres a no ser requeridos para ello.

»—Acércate —me ordenó. Le obedecí en silencio—. Escucha: Anoche pude averiguar que la organización a que pertenezco está al servicio del mal, y no responde al espíritu de libertad de la patria. Lo supe al proyectarse unos actos de terrorismo que llenarán de luto la ciudad. «No se combate al extranjero, aumentando nuestras ruinas», dije, al oponerme a tales planes. Entonces, veladamente, comenzaron a informarme de una verdad que me demostró estar deshonrado. Servíamos a un grupo de ambiciosos sin más afán que el lucro. ¿El premio a mi traición? Prosperidad económica.

Nagako Masutani suspiró antes de continuar su historia.

—Conocía el carácter de mi padre y supongo que les amenazaría con denunciarles. Dictó su sentencia de muerte. No bien hubo acabado de hacerme la confidencia, un automóvil se paró a la puerta de casa.

»—Envuelve el «wakizashi» y una espada —me dijo—. Vendrán a buscarme con el pretexto de una reunión, y me ejecutarán. Les demostraré que sé morir. Salgamos por la puerta trasera del jardín.

—Así lo hicimos —prosiguió Nagako—, pero Haruji Konoye conocía la casa por haber servido en ella, y nos espiaba. Tomamos un

«taxi» hasta el parque Shiba, y allí pudimos desorientar a nuestros seguidores, disponiendo del tiempo suficiente para que papá muriese. Lo demás... ya lo conoce. Mi padre, siguiendo la costumbre tradicional, me regaló un «kai-keu», pequeño puñal, para que si veía amenazada mi castidad me diera muerte, indicándome los lugares de mi cuerpo más propicios para tal acción; me enseñó también a atarme las piernas de manera que si me contraía de dolor antes de perecer, fuera encontrada en postura casta. Aprendí a pulsar la «wiba» y el «samisen» para lograr movimientos armónicos que sedujeran a mi esposo y no en bien de mi espíritu. ¿De amor? Obediencia y respeto a mi padre; adoración al emperador.

La muchacha calló. Rodney, impresionado por el relato, dijo:

—Fumemos otro cigarrillo. La mañana ha sido pródiga en emociones. ¿Por qué la persiguen?

—Sin duda creen que conozco datos peligrosos.

—¿Y no es cierto?

—No lo es. La confidencia de papá empieza en el oratorio de casa y termina en el Parque Shiba.

—¿No ha suspirado nunca por la libertad? Elegir esposo, amistades, lecturas, gozar de la vida...

Ella negó con el gesto.

—Por ser la primogénita y a falta de hijos varones, fui la más rígidamente educada. Aprendí a reprimir mis nervios, endurecer mi corazón, y el manejo de toda clase de armas El código de la nobleza japonesa —los «daimios», los «kugé», los «samuráis» — era más sagrado que mi propia existencia.

—Comprendo.

Henderson se puso en pie mirando en torno suyo. Necesitaba serenar su ánimo, contristado por el relato de Nagako. La joven no era responsable de sus actos. Pesaban en su espíritu miles de años, de tradiciones.

—¿No le importaría que comiéramos juntos? —propuso.

—Imposible. He de regresar a casa. Mamá estará inquieta por mi tardanza.

—La acompañaré.

Se dio cuenta de que la llevaba asida del brazo al sentirla estremecerse. No la soltó. Deliberadamente la condujo a las

proximidades del restaurante en el que se hallaban Irabumi y James Webb. Les vieron ajenos a lo que no fuera su cariño. Ella reclinaba su cabeza en el hombro del oficial.

—Míreles, Nagako. Su hermana ha alcanzado una felicidad superior, algo que la hará olvidarse de lo que no sea su propio mundo. La vida es un don divino, y nadie sino Dios tiene poder para truncarla. Si en sus arterias ha comenzado a latir la sangre con un fuego desconocido; si sus ojos tienen un brillo que jamás conocieran; si sus manos tiemblan al posarse en las mías, no se contenga. Dese al amor, la única gran verdad por la que merece la pena morir.

—¡Calle! ¡Se lo suplico!

Los dos jóvenes se hallaban junto a la estatua de Saigo Takamari, uno de los monumentos más notables de Tokio. La voz de Nagako reflejaba angustia.

—Ha de oírme. ¿No ha soñado jamás con el latido conjunto de dos almas, con la sonrisa de un hijo? ¿No ha sentido en sus labios la quemadura de un beso, el afán de darse a un hombre para fundirse en su espíritu?

—¡No siga, por piedad!

—Los cirujanos curan a los enfermos extirpándoles las vísceras afectadas. Cortan con el bisturí produciendo el dolor para sanar. Yo hiero su entereza con el bisturí de mi palabra que es verdad, amor y vida. ¡Míreme a los ojos! ¿Qué lee en ellos? Pasión de hombre, ternura de padre, súplica de niño, todo lo que usted ha desconocido hasta hoy. ¡Yo sé que me ama, Nagako!

—¡No! —gritó la muchacha.

—Sí. Niéguese a los recuerdos, y piense en el calor de mi mano sobre la suya, en lo que la estoy diciendo. ¡Te quiero, Nagako, no para hacer de ti una figura decorativa sin más misión que criar mis hijos y complacerme, sino para que seas la reina de mi hogar y de mi persona, de nuestro hogar...

La había tuteado, dejándose arrastrar por el entusiasmo, por el amor. Nagako, vencida, sintiendo derrumbarse en su interior todo lo que venerara hasta entonces, en pugna los sentimientos nuevos con los viejos, el recuerdo de su padre y la presencia de Rodney, rompió a llorar. Primero lanzó un gemido breve, entrecortado. Después las lágrimas brotaron mansamente.

Henderson se reprochó su exceso de crueldad, pero se dijo que merecía la pena el dolor de la muchacha en gracia a su felicidad futura.

Guardó silencio. El cigarrillo que entregara últimamente a Nagako se consumía en el suelo. Alejóse unos pasos de la joven que se disculpó, avergonzada:

—¡Qué habrá pensado de mí!

—Que empiezas a ser una mujer, y una mujer encantadora.

—¡Vayamos a casa!

—Antes mira al que pretendiste asesinar. Ayuda a ponerse el chal a Irabumi. Guarda el secreto que le puso al filo de la muerte, y ayuda a tu hermana. ¡Es tu deber!

El semblante de Nagako se ensombreció ante tal idea. En silencio, asida del brazo por Rodney, caminó hasta la parada de taxi más cercana al Parque Ueno, en el que acababa de despertar su corazón...

CAPÍTULO IV

TERROR EN TOKIO

La bahía, oscura y silenciosa, iluminóse de pronto con una gigantesca llamarada, mientras una horrísona explosión atronaba el espacio. Uno de los cruceros norteamericanos se inclinó de estribor, con riesgo de hundirse.

La paz de la noche vióse turbada por gritos de agonía, peticiones de auxilio, voces dando órdenes, y por el aullido de múltiples sirenas. El mar, como enloquecido, azotó los muelles durante unos minutos, haciendo naufragar a varias embarcaciones de poco calado.

De las restantes unidades de la flota brotaron potentes focos de luz, iluminándolo todo como si fuera de día. Numerosas lanchas de salvamento dirigiéndose al buque siniestrado, para proceder al salvamento de los tripulantes.

El confusionismo duró poco. Unidades del Ejército y de la Marina restablecieron el orden, y las ambulancias comenzaron a recibir heridos trasladándoles a los hospitales más próximos.

—¿Qué sucede?

La pregunta, que brotaba de todos los labios, no podía ser contestada. Era necesario, en primer término, impedir que el fuego, iniciado en el crucero, tomase incremento. Los oficiales y marinos indemnes se afanaban, con grave riesgo de sus vidas, en evitar la pérdida total de la nave.

En «jeeps» y automóviles oficiales fueron llegando a la bahía altas personalidades norteamericanas quienes, luego de ser informadas someramente, disponíanse a prestar la máxima ayuda.

A las cinco de la mañana pudo dominarse el siniestro, que arrojaba un trágico balance: once muertos y treinta y dos heridos, cinco de ellos graves. Las pérdidas en dólares ascendían casi a doscientos mil. ¿Origen del accidente? ¡Sabotaje! ¿Cómo se produjo? Se ignoraba.

La prensa matutina, que había retrasado el cierre de las repetidas ediciones para dar la noticia, recogió el suceso con grandes titulares y los editoriales, impuestos por la Oficina de Mac Arthur, reflejaban el dolor del pueblo japonés por la tragedia, pidiendo el inmediato castigo de los culpables. El «Nipon Times», periódico editado en lengua inglesa, exigía una enérgica acción de las autoridades.

«No debe culparse al Japón de tal acto vandálico, sino a los que desean entorpecer sus amistosas relaciones con los Estados Unidos. Debe procederse urgentemente contra los saboteadores, que no forman parte de la raza noble que tiene el honor como norma de vida. Se pide la colaboración de todos a la mayor grandeza del Imperio y por la paz del mundo».

Sin embargo, el incidente de la bahía no era más que el comienzo de una serie de actos de terrorismo. Aquella mañana, cuando en Fukagawa, el distrito más populoso de la ciudad, comentábanse las informaciones de la prensa, cinco japoneses al mando de un europeo, se apeaban ante el Banco Nacional, portando grandes carteras de mano.

—Ten el motor en marcha, Haruji, y si alguien intenta acercársete, no vaciles en disparar.

—Así lo haré, Tandeddu. Respondes con tu vida del fracaso.

—No es la primera, vez que me lo adviertes. Los policías de tu tierra son torpes, y las patrullas militares ineficaces a mis sistemas.

El breve diálogo se desarrollaba mientras los secuaces de Jacques Tandeddu, aisladamente, penetraban en el edificio bancario. Jacques, con una sonrisa de superioridad, les siguió.

En la amplia sala, rodeada de ventanillas, no había demasiado público. Dos soldados, pistola al cinto, se paseaban próximos a la puerta, ajenos a lo que no iba a tardar en suceder.

No sospecharon al ver acercarse a ellos a un hombre, que abría su cartera de documentos sin duda para hacerles alguna consulta. Pero el japonés no sacó papeles, sino una metralleta de tambor, encañonándoles. Pese a expresarse en el idioma nativo comprendieron la amenaza:

—¡Levanten los brazos o disparo!

Obedecieron. ¿Qué otro recurso les quedaba? Reprocháronse tarde su torpeza al ver cómo otros cuatro asiáticos y un europeo, que se

había cubierto el rostro con un pañuelo, encañonaban al público y a los empleados de las ventanillas.

Dueño de la situación, Jacques Tandeddu abrió la puerta de madera y cristales que comunicaba con el departamento de Caja, y en inglés ordenó a los dos americanos que desempeñaban el puesto de máxima responsabilidad.

—No hagan tonterías y llenen varios sacos de fajos de billetes. Prescindan de la moneda nacional. Nos gustan más los dólares. ¡Aprisa!

Su dedo índice curvóse sobre el gatillo del arma. Fue obedecido. La resistencia era suicida.

Fuera se oyó un disparo. Un ordenanza que, nervioso, había intentado pulsar el timbre de alarma, cayó con la frente destrozada por un proyectil El asesinato atemorizó más a los empleados.

Tandeddu, comprendiendo que la detonación habría sembrado la alarma en la calle y, lo que era peor, en los despachos interiores de los altos jefes del banco, que se dispondrían a actuar en defensa de los intereses a ellos confiados, tomó en su mano izquierda el saquete que terminaban de llenar el cajero y su ayudante, y alcanzó la sala del público dando la orden de retinada, que comenzó a efectuarse en perfecto orden.

El que encañonaba a los dos soldados, antes de abandonar el establecimiento, lanzó una ráfaga de proyectiles contra los norteamericanos que se doblaron trágicamente.

Apenas pusieron pie en la acera, comenzó a funcionar el timbre de alarma, conectado, a la vez que con el mecanismo automático de puertas, con la Jefatura de Policía.

El coche de los atracadores arrancó, cruzándose con un «jeep», que se dispuso a perseguirles. Haruji Konoye se asombró al escuchar una orden de Jacques:

—Acorta la marcha, simulando una avería.

—Pero...

—¡Ahora mando yo! Haz lo que te he dicho.

El chófer obedeció, preguntándose cuáles serían los planes de Tandeddu. El jefe del grupo rompió con la culata de su metralleta el cristal posterior del automóvil y, con frialdad, esperó a que los soldados se aproximaran lo suficiente para no errar los disparos. La

primera ráfaga eliminó a los que ocupaban los asientos delanteros. El conductor inclinó la cabeza sobre el volante, y el vehículo militar fue a estrellarse contra la acera.

—¡A toda marcha, Haruji! Esos no nos molestarán más...

* * *

Simultáneamente, a las cinco de la tarde, estallaron bombas de gran potencia en las instalaciones de grúas del Puerto de Shinagawa, y en la sala de control de la Emisora de Tokio, asesinándose a uno de los miembros de la Sección Civil de Investigación, que transportaba al aeródromo la correspondencia privada de su jefe, el Coronel Cresswell.

Las noticias, unas dadas por la prensa vespertina y otras silenciadas por la censura, corrieron de boca en boca. La ciudad, al anochecer, hallábase desierta.

Merriman Chennery que, luego de ponerse en comunicación telefónica con Rodney Henderson, había ido a buscarle al hotel Siyoken, comentó:

—Da la sensación de haberse decretado la ley marcial.

—¿Y no es así?

—Teóricamente, no. No conviene dar la sensación de peligro.

—¿Existe en realidad?

—Sí. El momento es más serio de lo que podamos imaginarnos. Por eso quiero hablar contigo. De ti depende el éxito o el fracaso.

El asombro del pintor fue grande.

—No te entiendo.

—Ya hablaremos en mi despacho. Ahora fuma.

Tendió a Henderson su pitillera, recostándose en el asiento posterior de su automóvil. Rodney rehusó.

—Prefiero mi pipa. Me ayuda a pensar.

—A tu gusto.

Rodney, sacando su bolsa de tabaco, procedió a llenar su inseparable cachimba y, encendiéndola, aspiró voluptuoso el humo. ¿Por qué le juzgaba Merriman una pieza decisiva en el complicado juego del espionaje?

No iba a tardar en saberlo, pero antes experimentaría una grata

sorpresa. En el gabinete de trabajo de Chennery le aguardaba su amigo el coronel Creswell, jefe de la Sección Civil de Investigación.

—¿Qué tal esos paisajes, Henderson? —le saludó el militar.

—No demasiado bien. Tokio se está convirtiendo en lugar poco propicio al arte.

—No durará mucho. El proyecto de Merriman es bueno y realizable.

—No lo dudo. Siento verdadera curiosidad.

—Voy a satisfacerla enseguida. Sentémonos —los tres hombres lo hicieron, y el miembro del «Central Intelligence Agency», adscrito a la Sección Económica y Científica de Mac Arthur, comenzó—: La noche que fuiste a buscarme al bar donde me hallaba con Susan, para decirme que habían alentado contra tu vida y la de Nagako, tuve la certeza de que entre los que me rodean, es decir agentes y auxiliares del Servicio Secreto de la Oficina Internacional, integrada también por el «Intelligence Service» y el «Deuxième Bureau», hay un traidor. Envié las notas por conducto reglamentario, y nuestros enemigos se enteraron. Aparenté no darme cuenta. ¿Comprendes lo fácil que sería tender una emboscada? No es necesario sino que envíes desde aquí a Nagako una carta citándola en cualquier lugar desierto, por ejemplo en el templo de Sen-Gakuaji, a seis kilómetros de Tokio. Como me temo que estemos vigilados los que integramos la referida Oficina Internacional, tú, en un autogiro biplaza volarías sobre el lugar mencionado. Es indudable que nuestros enemigos intentarán capturaros a los dos o, al menos a ella. Tú debes seguir a Nagako desde los aires, y comunicar por radio el lugar al que la llevan, aguardando la llegada de las patrullas militares para actuar. El helicóptero es de finas paletas y pequeño motor, y apenas si produce ruido, por lo que, a veinticinco metros de altura, en plena noche, no serás visto ni oído. ¿Qué te parece?

—Bien, con una excepción. La presa seré yo. ¡No quiero arriesgar la vida de esa muchacha!

El tono de voz de Henderson era firme. Chennery y el coronel se miraron. El primero, más conocedor de carácter de Rodney, opuso:

—Estudié fórmulas para evitarlo. No hay ninguna. Esos hombre se arriesgarán únicamente por ella. ¿Qué es lo que creen que Nagako conoce? ¿Lo sabes?

—Supongo que detalles de la organización o, lo que es más grave, el nombre del jefe supremo —Henderson, consecuente en su idea de evitar riesgos a la mujer que amaba, desvió el diálogo—. Tiene que haber una nueva fórmula.

—No existe. Si tú fueras el cebo, se limitarían a acribillarte a balazos. Únicamente a esa joven la capturarían para obligarla a declarar. Tal vez dirija el interrogatorio el que ha montado tan formidable «gang» de robo y espionaje. Nosotros cercaremos el sitio donde la lleven. Medita, Rodney, que pudimos hacerlo sin avisártelo. Soy leal con mis camaradas, y supuse que le gustaría intervenir en su rescate.

La sonrisa de Merriman y su tono amable ocultaban una decisión firme de culminar la empresa por encima de la voluntad de Rodney. Este, comprendiéndolo, ironizó:

—Tengo que agradecerte que expongas a Nagako a un riesgo mortal. Por esa mujer yo daría gustoso la vida.

—¿La quieres?

—Con toda mi alma.

—¿Y ella?

—Creo que también. Lucha contra los principios inculcados por sus padres. ¿Y si la avisara de lo que pretendéis, para que no se dejase engañar?

El coronel Cresswell intervino, serio y conciliador.

—¡No harás eso! Tu deber es servir a la patria.

—No te preocupes —medió Chennery—. Rodney es impetuoso, pero...

Los próximos estallidos conmovieron los cristales del edificio. El militar y el pintor pusiéronse en pie.

—Sentaos —les aconsejó el miembro del Servicio Secreto—. Otro atentado. Ya se ocuparán de él las fuerzas de vigilancia. Henderson, recuerda al amigo que te salvó la vida, a Ralph Anstruther, que yace en el cementerio de extranjeros; a las víctimas del crucero, a tantos como mueren en defensa de lo que tú pareces olvidar. Escúchame. Si te negaras, ingresarías en un calabozo hasta que se realizase lo proyectado, de vital importancia para el futuro del Japón y de los Estados Unidos.

El rostro de Rodney se endureció. Por un momento, Merriman y

Cresswell temieron verse obligados a cumplir su amenaza. Por fortuna no fue así. El pintor, tranquilizándose, dijo:

—Veo que no hay escape, y accedo.

—¡Bravo, Rodney!

—¿Cuándo será ello?

—Dentro de tres horas. No es preciso que escribas nada. Lo hice yo a máquina, y falsifiqué tu firma. El coronel te llevará tal aeródromo. Esperad —descolgó el teléfono, inquiriendo del empleado de la centralita—: ¿Tiene algo para mí? Gracias —volvióse a sus dos amigos—. Iré con vosotros. ¿Objeciones, Rodney?

—Solo una. Si me veo obligado a disparar...

—Afina entonces la puntería —le interrumpió Chennery— porque tus enemigos manejan bien las armas. Mi Departamento asume la responsabilidad.

—Era cuanto necesitaba saber.

Mientras se dirigían a uno de los extremos de la capital, Henderson reconoció que era mejor acabar con el peligro que se cernía sobre Nagako. Ansiaba verla. Ella, no saliendo de casa, lo impidió. Cansado de permanecer toda la mañana frente a su hotel la envió una tarjeta rogándole que le llamara al «Seiyoken». Tampoco lo hizo. Gracias a la infructuosa espera, pudo localizarle Merriman en su habitación en la que, para distraerse, trazó de memoria varios apuntes del Parque Ueno.

Las patrullas de vigilancia detuvieron en tres ocasiones el vehículo, obligando a identificarse a sus ocupantes. Al fin, no sin oír lejanas detonaciones, detuviéronse frente al edificio central del aeródromo de Tokio. Comenzaba la aventura...

CAPÍTULO V

NAGAKO MASUTANI

Durante varias horas, a solas en el «Kito-jo», la muchacha ordenó sus confusos pensamientos, convenciéndose de que amaba a Rodney Henderson, al hombre que la hizo sentirse mujer estremeciéndola con sus frases apasionadas y con el contacto de su mano. El espejo del oratorio le mostraba su figura. Nada le horrorizaba. La daga corta con la que se dio muerte su padre, y que Rodney le devolviera, en un cojín de raso, parecía reprocharle que traicionara con el corazón la memoria de sus antepasados.

El recuerdo de Irabumi reclinada en el hombro de James Webb, lejos de irritarla, producíale un grato desasosiego, mezcla de ternura y envidia. Su hermana rompió sin vacilaciones las cadenas que la ligaban a su raza. Ella no era capaz de hacerlo, al menos mientras su madre viviera. ¿Esperaría Rodney?

Cubrióse el rostro con ambas manos. Su entrega espiritual a un extranjero, invasor de su patria, era indudable. Desaparecida su firmeza, libre del peso de las tradiciones, se dijo que era preferible imitar el ejemplo de su padre a vivir sin la compañía de Henderson.

«¡Seppuku!» ¡No! Fue un alarido de fe en el mañana, de ansias de sentir y de amar, de permanecer eternamente junto a Rodney. ¿Se estaba volviendo cobarde?

No pudo contestar a tal pregunta, y abandonó el «Kito-jo». Irabumi leía un ejemplar del «Daigaku Shimbu», revista editada por la Universidad Imperial de Tokio. Al ver a Nagako, ocultó el periódico.

—No te inquietes por mí. ¿Tan nocivos son los artículos de esa publicación?

Asombrada del tono cordial que empleaba su hermana, la aludida, repuso:

—Para ti, sí. El editorial de hoy ataca al emperador, exigiendo que

sea juzgado como criminal de guerra.

—¿Te agradaría que lo hicieran?

—No. Respeto a Su Magnánima Alteza. Amo a mi patria y a lo que ella representa. ¿Lo dudas?

Nagako, sentándose en uno de los sillones bajos, respondió:

—Hoy no.

—¿Por qué tan brusco cambio?

—Circunstancias. Procura que mamá no vea esa revista. Nunca se refiere a ella sin horror.

—Sin embargo...

—Ya sé lo que vas a decirme. Representa el pensamiento de la futura intelectualidad japonesa.

La pausa fue larga. El estupor de Irabumi aumentaba por segundos. La boca de su hermana se había plegado en una sonrisa.

—Te encuentro muy cambiada, Nagako.

—Quizá. ¿Cómo me conceptúa James Webb? Hoy os he visto amorosamente unidos en el Parque Ueno. ¿Qué juicio le merezco? —Irabumi vaciló, no atreviéndose a contestar—. ¿Tan poco me estima, que vacilas en repetir sus palabras?

—No quiero herirte.

—Hazlo: te lo ruego.

—A tu gusto —breve pausa—. Te tiene lástima. Dice que acabarás clavándote una espada para buscar tu alma en el vientre.

Se detuvo, no atreviéndose a seguir.

—Continúa.

—Para él, de mentalidad distinta a la nuestra, el suicidio es una cobardía. Un segundo de valor basta para evitarse la deshonra, la miseria, la desesperación. Considera cómodo no enmendar los errores. Me previno contra ti, asegurando que no vacilarías en asesinarme. Estuvo a punto de suceder. Te cree una fanática, incapaz de sentir amor por nada ni por nadie.

—¿Me odia?

—No. Le das pena.

Nagako inclinó la cabeza, para evitar que su hermana leyera en sus ojos la tragedia de su alma. El silencio fue roto por el timbre de la puerta de entrada. Irabumi se incorporó:

—Será para mí.

Regresó con una carta en la mano.

—Me he equivocado. Toma.

La primogénita de los Masutani rasgó el sobre con dedos nerviosos. Imaginaba que sería un nuevo intento de Rodney por verla. Leyó:

> «Amiga Nagako: Hoy no es un anónimo el que va a reunirnos, sino la necesidad de hablar con usted de algo importante. La muerte de su padre debe ser vengada, y los enemigos del Japón destruidos. La aguardo, a las once de esta noche, en la puerta principal del templo de Sen-Gakudji. ¡No deje de acudir! Me han amenazado de muerte, y su consejo puede salvarme. —*Rodney*».

La muchacha meditó unos segundos. Aquella carta no fue escrita por el pintor, sino por alguien que desconocía el íntimo diálogo, la confesión espiritual del Parque Ueno. ¿Cómo era posible que Henderson la tratase de usted citándola en un lugar tan alejado, propicio a la emboscada?

Examinó la firma, comparándola mentalmente con la de los dibujos. Parecía la misma.

—¿Alguna mala noticia, Nagako? Has perdido el color.

Había olvidado la presencia de Irabumi, que la miraba con inquietud.

—No es nada grave. Una consulta enojosa. Saldré al jardín a pasear un rato. ¿A qué hora cenaremos?

—A las ocho. He de marcharme a las nueve.

La respuesta de Irabumi suscitó una pregunta en Nagako:

—Lo de las clases, ¿es cierto?

—Fue una idea de James, que acepté para conseguir el permiso que necesitaba sin enfrentarme con nuestros padres.

—¿Lo hubieras hecho?

—Sí. Por fortuna no fue necesario.

—¿Y aceptaste su dinero?

—¿Por qué no? Era una solución, la única. Dentro de poco no habrá, ni mío ni suyo, porque él y yo formaremos un todo.

—Eres valiente, Irabumi.

—El amor no admite cobardías. ¿Qué ha ocurrido en tu vida, Nagako? ¿Qué secreto me ocultas?

—Ya lo sabrás. Ahora, limítate a evocar a tu prometido, gozando con su recuerdo.

Salió la muchacha de la estancia. En el pequeño jardín respiró con avidez el aire de la tarde. El crepúsculo era llegado, con su cortejo de nostalgia.

Al releer la misiva, le asaltó una idea. ¿Habrían apresado a Rodney obligándole a escribir semejante mensaje? Se explicaba el tono fríamente cortés de la carta para que ella, sospechando la verdad, no se presentase.

¿Por qué no llamar al Seiyoken? Muy próxima hallábase la estafeta de Correos y, sin dudarlo, se encaminó a ella, dirigiéndose a la cabina del teléfono automático, a disposición del público. Con la tarjeta que Henderson le enviara, marcó unos números.

—¿Seiyoken? ¿Quiere ponerme con el señor Henderson? Aguarda mi aviso... ¿Cómo dice?... ¿Está seguro?... Gracias...

Colgó, con la noche en el alma. Acababan de decirle que Rodney había salido minutos antes, acompañado de un hombre. ¡Tal vez su secuestrador!

Su mentalidad de mujer enamorada, exagerando los peligros, la hizo adoptar una decisión:

—Acudiré para morir junto a él.

Muy cerca de su domicilio, se detuvo con asombro. Jacques Tandeddu, uno de los que quisieron secuestrarla en el Parque Shiba, acababa de penetrar en el hotel de Susan Bedford. ¿Cuáles eran sus relaciones con la amiga de Henderson?

Entró en su jardín, separado del contiguo por una pared no muy alta, y, tras un mudo pensamiento de gratitud a su padre, que la adiestró en los ejercicios gimnásticos, a pulso, consiguió mirar al otro lado viendo a Susan y a Jacques discutir con animación. ¿Qué dirían? Si pudiera oírlo...

Corrió hacia la parte trasera, y saltando la valla, avanzó hasta situarse a unos ocho metros del hombre y la mujer, protegida tras un corpulento castaño.

—Hay que hacerlo, Tandeddu. Posiblemente sea una emboscada. En este sobre tienes las instrucciones.

—¡Es un absurdo que ella se exponga!

—El jefe lo manda. Entrevístate urgentemente con Haruji Konoye y Josiah Marquat. ¡Debió bastarte mi aviso telefónico y no venir! Yo te hubiera enviado las órdenes en la forma acostumbrada. Lee en mi presencia.

Jacques hizo lo que la mujer le indicaba y, después, prendió fuego a la carta, pisoteando las cenizas.

—Bien, Susan. Nada me resta que hacer aquí. El proyecto es ingenioso, y confío en el éxito. Adiós.

—Espera.

Desde su escondite, Nagako Masutani vio cómo la mujer abría la verja. Aprovechó ese momento para retroceder y, por la tapia, llegar al jardín. Una frase martilleaba en su cerebro: «Es un absurdo que ella se exponga».

¿A quién acudir? ¿A James Webb, el novio de su hermana? No. Él lo comunicaría a las autoridades militares, y si Rodney estaba, prisionero... El pensar que por su culpa se acelerase el fin del hombre al que amaba, amenazó enloquecerla.

¡Iría a la cita! La muerte quizá fuese una liberación.

La cena, en familia, resultó triste. La anciana madre, como era su costumbre, no despegó los labios, retirándose apenas hubo terminado. El recuerdo de su esposo la obsesionaba. Irabumi, viendo a Nagako preocupada, tampoco habló.

En la sobremesa, las dos hermanas guardaron silencio. Minutos, antes de marcharse, la más joven inquirió:

—¿Hoy no quieres acompañarme?

—No.

—¿Vas a salir?

—Es posible.

Segura de que el indirecto interrogatorio no rompería el hermetismo de Nagako, Irabumi se decidió:

—Me consta que te encuentras en un apuro. ¿Por qué no me...?

La primogénita de los Masutani la interrumpió con palabra y gesto que no dejaban lugar a dudas:

—No te esfuerces. Durante meses mantuviste en secreto tus relaciones con James, y fue preciso que te vigilara para conocer tu problema. No te pagaré en la misma moneda, pero careces de

autoridad moral para pretender ayudarme. Perdona. No quise decir eso. Estoy disgustada, y no supe medir mis sentimientos. Ve a lo tuyo y dile a James que, aunque lo ignora, debe la vida a Henderson, y que procure no olvidarlo.

—¿Corre Rodney algún peligro?

—Sí. ¿Cómo sabes su nombre?

—Merriman Chennery, uno de sus amigos, le menciona con frecuencia. Adiós. Dame un abrazo. Tengo un funesto presentimiento.

Por vez primera, las dos hermanas se estrecharon con cariño, corazón contra corazón. Irabumi salió, y Nagako, sentándose, se dispuso a consumir el tiempo que le restaba en la más grata de las evocaciones: Rodney Henderson.

A las diez menos cuarto entró en su alcoba, y de uno de los cajones del armario sacó un «kai-keu», guardándolo en su pecho. Luego tomó una aplastada automática de pequeño calibre, el último regalo de su padre, ocultándola en la cintura, entre la carne y la ropa interior.

Tras cerciorarse de que ni el puñal ni la pistola se le caerían al andar regresó al comedor y, desde allí, luego de convencerse de que su madre se hallaba orando en el «kito-jo», abandonó la casa.

Anduvo hacia la parte céntrica de la ciudad, poco frecuentada, pese a ser el centro de las atracciones de Tokio, a causa de los recientes actos de terrorismo, y penetró en un bar, servido por muchachas japonesas, para tomar un vaso de «sake». En el escenario del fondo y sobre «tatamis»[6] un grupo de mujeres, ataviadas con el clásico kimono, pulsaban «wibas» y «samisens». Al terminar la romántica composición musical, fueron reemplazadas por una orquesta de negros. Segundos después, la pista hervía de parejas que danzaban a los acordes de un alocado «boogie-boogie».

Nagako sonrió con amargura al considerar la brusca transición del pasado al presente. Igual estaba ocurriendo con el alma nacional.

Depositó unas monedas en el mostrador, saliendo. Detuvo un taxi. El conductor, un japonés de menuda figura, no supo ocultar un gesto de contrariedad al conocer el punto a donde debía dirigirse.

A las once menos diez, el vehículo se detenía a cien metros de Sen-Gakudji, junto a una amplia escalinata de piedra.

—Hemos llegado.
—Gracias. ¿Qué le debo?
La joven abonó el importe del recorrido y, con paso firme, acortó la distancia que le separaba del templo, magnífica obra de la arquitectura japonesa, al que rodeaban las tumbas del daimio Asano Naga-Nori y de sus cuarenta y siete guerreros.
Junto a la puerta principal del edificio religioso, miró en torno suyo. El silencio y la soledad eran absolutas. Por un segundo, sintió miedo.
Lejanas, las luces de la ciudad parpadeaban como fantásticas luciérnagas. Ante ella, en torno a los monumentos mortuorios, quietud, paz...
Su reloj marcaba las once y cinco. No tuvo la menor duda de que Rodney no había escrito la breve misiva. Él, que tanto deseaba verla, hubiese sido puntual.
De su bolso de mano sacó un cigarrillo, encendiéndolo. Solo fumaba en los graves momentos emocionales.
Los sucesos se precipitaron de forma tan inesperada que Nagako, sorprendida, no pudo ofrecer la menor resistencia. De los túmulos funerarios de su izquierda surgieron dos hombres.
—Acompáñenos. No podrás escapar. Tenemos cercado Sen-Gakudji.
La muchacha reconoció a Jacques Tandeddu en el que hablaba, y quiso retroceder. De las otras tumbas surgieron más individuos.
—El coche, Marquat.
Un «jeep», en el que Nagako no había reparado por estar oculto en un pequeño bosque, acercóse al grupo. Haruji Konoye iba al volante.
—¡Subid! Los demás se quedarán guardándonos la retirada.
Tandeddu, sujetando del brazo a la prisionera, ocupó con ella los asientos posteriores. Josiah Marquat acomodóse junto al japonés que, a la máxima velocidad posible, tras una hábil manobra, se dirigió a Odavara por la carretera de la costa...

CAPÍTULO VI

¡ACORRALADO!

Desde el autogiro, mordiéndose los labios de ira e impotencia, Rodney Henderson contempló el rapto de Nagako Masutani y, amparado en la oscuridad de la noche, se dispuso a seguir a sus enemigos. ¿Cómo la muchacha había sido tan torpe para creerle el autor de un mensaje redactado por quien ignoraba la intimidad nacida en el Parque Ueno? Al leer la copia que Merriman Chennery le mostró, tuvo la certeza de que ella, dándose cuenta de que la cita encerraba una trampa, no acudiría. Y, sin embargo, no fue así. ¿Por qué?

El no verse precisado a seguir la línea de la carretera, le permitía adelantar al «jeep», guiándose por la luz de los focos.

Resultaba indudable que el camino tomado era el de Odavara. Adivinando impacientes a Chennery y Cresswell, manipuló en el moderno emisor-receptor de onda corta. Sus manos temblaron al comprobar que el aparato continuaba mudo. ¿Una avería? ¿Un sabotaje? Merriman estaba rodeado de traidores.

La imposibilidad de pedir ayuda para rescatar a Nagako, no le desalentó. Por la muchacha era capaz de luchar contra la misma muerte que se presentara.

Una idea surcó, como un relámpago, por su cerebro. ¿Acaso...?

Olvidándose del problema que le creaba la inutilización de la radio, se concentró en la persecución de los raptores en el preciso instante en que abandonaban la carretera para acercarse a la costa.

Descendió lentamente. «A veinticinco metros, nadie puede oír el ruido del motor ni de las paletas del autogiro», le había dicho Chennery. Desde tal altura presenció cómo, por una pasarela, el «jeep» penetraba en un viejo barco de carga, anclado en una ensenada natural.

¿Y si se alejara a Tokio a pedir ayuda? Quizá entonces diera

tiempo a los secuestradores a matar a Nagako o a martirizarla como a...

El recuerdo de Ralph Anstruther convertido en un despojo humano, le estremeció. ¡Era preciso que actuara con rapidez, para evitar algo semejante!

Aterrizó junto a unos acantilados, a cien metros del que intuía cuartel general de la mal llamada organización de patriotas.

Protegiéndose en las rocas, para no ser visto por algún posible centinela del barco, llegó hasta las inmediaciones de la nave, en la que imperaba el más absoluto silencio.

Mientras ordenaba su plan de ataque, sacó su automática, una «Skoda» checoeslovaca, poniéndola en disposición de disparar. En previsión llevaba varios cargadores de repuesto.

No le entusiasmaba la idea de sumergirse en el agua y alcanzar, nadando, el costado del buque para trepar por la cadena del ancla. El agua podía inutilizar su arma.

Pasos cercanos le hicieron arrojarse de bruces al suelo. Un hombre, con actitud cansina, pasó por la banda de estribor, desapareciendo por las cabinas de cubierta. Henderson dedujo que daba la vuelta al mercante.

Decidido, con la pistola en la diestra, cruzó la estrecha pasarela de tablas y, luego de unos segundos de indecisión, escondióse tras unos barriles, aguardando a que el centinela pasara de nuevo, lo que no tardó en suceder.

Una vez que el hombre se hubo alejado, con sigilo, penetró por la escotilla más próxima. En el interior de la nave, la oscuridad era absoluta.

Aguzó sus sentidos. Aquello se parecía mucho a cualquiera de las operaciones de guerra realizadas en plena noche entre dos líneas.

Era imposible que se orientase a oscuras y, pasando la pistola a su izquierda, sacó la linterna, con la que iluminó un pequeño cuarto totalmente vacío. Al fondo, una puerta.

De nuevo en tinieblas cruzó la estancia para entrar en la contigua. Apenas puso pie en ella una voz burlona exclamó al tiempo que se encendía una bombilla eléctrica:

—Le esperábamos, señor Henderson.

Hariji Konoye y Josiah Marquat, acompañados de dos chinos, le

encañonaban con metralletas. Rodney, sin soltar el arma, se dispuso a morir matando. Una advertencia le hizo desistir de su propósito:

—En la última bodega están Nagako Masutani y Jacques Tandeddu. Él tiene orden de matar a la muchacha a la primera detonación que oiga. Interesante perspectiva, ¿no es así?

El pintor, acorralado, dejó caer la automática, no sin antes poner el seguro para que no se disparara al chocar contra el suelo.

—Es una virtud reconocer la derrota —dijo, con serenidad.

—Admirable máxima —respondió el oriental, con una sonrisa irónica, de superioridad—. Procuraré no olvidarla si me encuentro en su situación.

—¿Qué piensan hacer con nosotros?

Haruji Konoye, haciendo una seña a Josiah Marquat y a uno de los chinos, que se apresuraron a atar a la espalda las manos de Henderson, repuso:

—No sea impaciente. Hizo mal en mezclarse en asuntos que no le interesaban. Debió seguir pintando paisajes en el Parque Shiba.

—¿Cómo supo mi profesión?

—Pocos ignoran a Rodney Henderson en Tokio. No necesitamos más que buscar una colección de cualquier periódico para leer los elogiosos sueltos con que sus colegas saludaron su llegada. ¡Es lástima que se malogre un talento como el suyo!

—¿Cómo averiguaron mi nombre?

—Alguien lo dijo en la oficina del S.C.A.P., y nosotros tenemos buena memoria. Sígame, y no olvide que detrás lleva tres hombres con orden de matar. Le conduciré junto a la muchacha. ¿No estima mi delicadeza?

—Desde luego.

A Rodney le irritaba la untuosa cortesía oriental, pero, seguro de su trágico fin, adoptó una postura despectiva.

En silencio, sin hacer el menor movimiento de hostilidad, descendió a una amplia bodega. Al fondo vio a Nagako, atada como él, y a su lado a Jacques Tandeddu, que empuñaba una pistola. El rostro de la joven denotó dolor y abatimiento. Le tuteó. ¿Para qué fingir, si la muerte se hallaba próxima?

—¡También tú!

—Sí. ¿Supusiste que iba a abandonarte? He caído en una trampa

hábilmente tendida —se volvió a Haruji Konoye—. ¿Cuáles son las instrucciones que ha recibido? ¿Torturarnos?

—No. Se invierte demasiado tiempo. Pediré por radio la confirmación de las órdenes transmitidas a Tandeddu.

El japonés fue a alejarse. Se detuvo en seco, al escuchar la voz serena de Nagako:

—Se las dio Susan Bedford. Asistí, oculta en el jardín, a la entrevista de los dos traidores.

El grupo de hombres se miró con alarma. Jacques quiso disculparse:

—Lo que me dijo por teléfono me pareció tan absurdo, que quise disuadirla de sus propósitos.

—Cometiste una seria imprudencia. Por fortuna, vamos a repararla ahora mismo. No hay necesidad de comunicar con Tokio: Es preciso que los prisioneros mueran —Tandeddu amartilló su pistola—. No; así no. Pueden oírnos las patrullas militares o los miembros de la Comandancia de Marina que ejercen vigilancia en motoras en torno a la costa. No les perdáis de vista. Él, aun atado, es peligroso.

—Descuida.

Salió Haruji Konoye, y los jóvenes mirándose con intensidad, se dijeron en silencio frases de extraordinaria elocuencia. No hablaban. ¿Para qué?

Tandeddu, intuyendo quizá lo que pasaba en el corazón de los prisioneros, comentó, sarcástico:

—Será el vuestro un idilio en el que los peces tomarán parte.

Henderson sonrió con desprecio. No le angustiaba la muerte. Sin embargo, la idea de que Nagako pereciese, le horrorizaba.

A merced de sus enemigos, impotente, tensó las muñecas en un vano afán por libertarse. Jacques, por la contracción del rostro de Rodney, adivinó sus esfuerzos.

—No conseguirás más que recibir un culatazo si llegas a inquietarme.

Haruji Konoye entró para ordenar a Tandeddu:

—Reúne a los muchachos en cubierta. Hemos de abandonar el buque.

—¿Y estos? —inquirió Jacques, señalando a Nagako y

Henderson.

—Se hundirán en el mar, con todas las pruebas. Vamos.

Sin dirigirse a los prisioneros, a fin de no perder tiempo, el japonés tomó un hacha de largo mango, abandonando la bodega seguido del grupo de hombres. Segundos después, oyéronse recios golpes.

—Están hundiendo la nave —dijo Rodney—. ¿Tienes miedo?

—A tu lado, no. Si vamos a morir, no quiero hacerlo con un secreto en el alma. Yo comparto tus sentimientos.

—¡Nagako!

En pie, se besaron. En Henderson, sobre el amor, se impusieron las circunstancias.

—Vuélvete de espaldas. Intentaremos salvarnos.

Ella le obedeció, y Rodney, desesperadamente, sin preocuparse de la sangre que brotaba de sus labios y encías, comenzó a morder la recia cuerda de cáñamo.

El silencio, al ser roto por los pasos de un hombre que se acercaba, indicó a Henderson el fracaso de su intentona. Apartándose de Nagako se colocó de forma que la luz reflejara sombras en su rostro. No deseaba que le viesen los labios destrozados, porque podían concebir sospechas y separarlos, atándoles también las piernas.

Nadie entró en la amplia bodega. Los jóvenes oyeron un ruido semejante al de un grueso travesaño al ser colocado en la puerta.

—Previniendo que podamos soltarnos, quieren impedirnos la huida. Mal deben irles las cosas, cuando prescinden de este escondite —susurró Henderson.

Alejóse su invisible enemigo, y Rodney reanudó su dolorosa tarea, escuchando de nuevo recios golpes de hacha.

Con la frente perlada de sudor, el norteamericano hubo de tomarse unos segundos de descanso. Los ruidos habían cesado. Tan solo se oía un fuerte borboteo de agua, anuncio de muerte. Nagako, con serenidad, dijo:

—¿A qué esforzarnos en los últimos instantes, Rodney? No tendrás tiempo de cortar mis ligaduras. Déjame que recline mi cabeza en tu pecho. Nada nos separará en la eternidad.

Henderson, con la fiereza propia de la desesperación, repuso:

—He de luchar hasta el fin. No seamos fatalistas. Konoye y sus cómplices se marchan en la certeza de que no conseguiremos salvarnos; pero el agua no entra todavía. La bodega en la que han abierto el casco debe ser más baja que esta. Tensa las muñecas... así.

El pintor tenía los labios destrozados, sintiendo correr la sangre por la barbilla. No cejó en su empeño. Pronto el mar comenzó a penetrar hasta ellos, humedeciéndoles los pies.

Jadeante, Henderson hizo una pausa en su trabajo, para besar las manos de la mujer que adoraba.

—¡Rodney! ¡Qué bueno eres!

Él no respondió, reanudando su tarea. Las ligaduras se rompieron cuando el agua les cubría las piernas. Ella, con un grito de alegría, abrazóse al hombre y, luego, ante el gozo de Henderson, sacó la automática y el cuchillo que ocultara en la cintura y en el pecho.

—Tan seguros estaban de nuestra muerte, que no se molestaron en registrarme. ¿Cómo salir de aquí?

El americano, tomando impulso, golpeó la puerta, con el hombro.

—Han debido cruzar un recio madero.

—Entonces...

En la voz de la joven vibraba el desánimo. Rodney, observándolo, quiso fortalecer su moral.

—Seguiremos. Lo más difícil está conseguido. ¿Sabes nadar?

—Sí. ¡El agua me llega al pecho!



¡El agua me llega al cuello! —gritó desesperada Nagako.

—Sobre nuestras cabezas hay tres metros. Nos sostendremos a flote, si es necesario.

Elevando el brazo disparó hasta agotar el cargador de la pistola. Después, de un fuerte golpe, hizo crujir la madera. Lanzó una

exclamación de júbilo al destrozar parte de una tabla. Nagako nadaba ya.

Empleando el «kai-keu» a modo de palanca, Rodney arrancó varias astillas. La abertura aún no permitía el paso de un cuerpo, y necesitaba agrandarla, antes de que las aguas la cubrieran.

Saltó el acero, partiéndose en dos, pero nada era capaz de contener a Henderson en su afán por librar a Nagako de una espantosa muerte. Le dolían los dedos y las muñecas. ¡No importaba!

Con los nervios en tensión, el hombre continuó esforzándose en hacer más amplio el boquete.

—Permite el paso de tu cuerpo. ¡Sal antes de que sea tarde!

—No, Rodney. O los dos nos salvamos o los dos perecemos.

Henderson nadaba también, pues el agua le había cubierto por completo amenazando dar al traste con la única esperanza de salvación.

—¡Escapa, Nagako! Quizá, buceando, consiga ensanchar más el boquete.

—No insistas; las mujeres de mi raza amamos hasta más allá de la muerte.

Emocionado, Rodney comprendió que cuanto hiciera sería inútil. La muchacha permanecería firme en su criterio de compartir el destino del que todo lo sacrificaba por ella.

Pronto hubo de sumergirse para proseguir su trabajo. ¡Si consiguiera arrancar la tabla completa! La aferró con ambas manos y, apoyando los pies en la pared, tiró infructuosamente.

Emergió respirando con avidez el viciado aire de la bodega. Les restaba medio metro de espacio, unos segundos de vida. Apagóse la luz.

—Húndete conmigo, Nagako. Si consigo lo que pretendo, pasaremos; en caso contrario...

Bucearon. Rodney, a tientas, repitió la operación, prolongándola hasta que sus pulmones amenazaron estallar. De pronto, sintióse proyectado hacia atrás. En sus manos tenía el tablero. Tomó de la mano a Nagako, pasando a la bodega contigua. A tientas, rozando con la cabeza el techo buscaron la escalera, trepando al compartimiento superior.

—¡Estamos a salvo!

No había acabado de pronunciar la frase cuando el buque se estremeció como un coloso herido, inclinándose de costado. Henderson y la muchacha cayeron.

—¡Hay que escapar antes de que sea tarde!

El mercante embarcaba agua con rapidez. Los jóvenes, ya en cubierta, no vacilaron en arrojarse al mar para alejarse, a fin de que no les envolviera el remolino del naufragio. La pasarela flotaba a unos metros de distancia.

Buenos nadadores, consiguieron su propósito, alcanzando tierra antes de que la nave se hundiera para siempre.

Tendidos sobre las rocas, exhaustos, los milagrosamente escapados a la muerte permanecieron silenciosos, dando gracias al cielo. Rodney fue el primero en hablar:

—La Providencia ha obrado hoy dos prodigios. El de permitirnos continuar viviendo, y el de hacerte confesar un cariño al que deberemos la felicidad.

Se incorporaron. Estrechamente abrazados tuvieron en unos segundos la compensación a tantas fatigas. Henderson fue el primero en reaccionar:

—Volvamos a Tokio.

—No, Rodney. Si ningún peligro nos amenaza, quedémonos aquí, cara a la noche. La ciudad me angustia.

—Tienes las ropas empapadas. Puedes enfriarte.

—No; la temperatura es buena, y mi padre me educó como a un guerrero. ¿Me enviaste tú la carta?

Llegaba el momento, tan temido por Henderson, de las mutuas explicaciones. Negó deseoso de escuchar primero las teorías de la mujer.

—No.

—Lo imaginé. ¡Eres incapaz de exponerme a ningún riesgo.

Nagako Masutani refirió a Rodney sus luchas y la creencia de que estaba prisionero, confirmada por su marcha del hotel. Al terminar, se sintió apresada entre unos varoniles brazos, y unos labios buscaron los suyos.

—¿Tan intenso es tu amor? No me contestes. No te merezco. Yo, en cambio, no luché por ti como debía.

Se apartó de ella, sentándose en un peñasco. Nagako lo hizo a su

lado.

—No te entiendo, Rodney.

—Escúchame y no me interrumpas. He de rogarle que me perdones.

Sin omitir detalle, relató su diálogo con Merriman Chennery y el coronel Cresswell.

—Me amenazaron con encarcelarme para que no pudiera impedir sus propósitos. Ello me privaba de salvarte, poniendo tu vida en manos de otro hombre sin más imperativo que el cumplimiento del deber. A mí me guiaba algo más elevado. Fui cobarde.

La muchacha, acariciándole las mejillas, dijo con voz dulce:

—Antes hablaste de la Providencia. Nos ha hecho vivir horas amargas, en las que pudimos comprender la grandeza de nuestro cariño. Olvidemos el pasado para hacer frente a este hermoso minuto de dicha y de paz.

—Eres muy generosa, Nagako. ¿Terminaron tantos prejuicios?

—Sí. ¡Pobre madre!

Se puso en pie. Henderson, para distraerla de sus no gratas ideas, tomándola del brazo, la condujo al helicóptero.

—Sube. Desde el aeródromo nos trasladaremos a la oficina de Chennery a secar nuestras ropas. No debes volver a casa. Susan Bedford comunicaría a Konoye y a Tandeddu que estás viva. ¿Comprendes?

—También comprendo la angustia de mamá si por la mañana no he regresado. Debo arriesgarme.

—Lo harás. Antes detendremos a Susan, para que no pueda advertir a sus cómplices.

Puso en marcha el helicóptero, que se elevó suavemente. Ella reclinó su cabeza sobre el hombro de Rodney, en dulce, abandono...

CAPÍTULO VII

LA MUERTE BORRA LAS HUELLAS

Una vez que los jóvenes terminaron su historia, Merriman Chennery les contempló con una sonrisa, que se convirtió en un gesto de seriedad al decir:

—Aguardamos en vano tu comunicado, Henderson. Tanto Creswell como yo supusimos lo peor. Por fortuna estáis a salvo, aunque yo haya fracasado.

—No del todo. Nos resta Susan Bedford.

—Iré a detenerla. Me acompañarán dos hombres del Departamento.

—Permíteme que vaya contigo.

—Tardarías en vestirte, y necesitas descansar. Quédate.

Los dos jóvenes se hallaban extrañamente ataviados. La muchacha llevaba un batín de caballero, y Rodney un mono de mecánico.

El pintor fue a insistir, pero una mirada de Nagako le contuvo.

—¿Traerás aquí a Susan?

—Sí. Quiero que intervengáis en el interrogatorio, en especial tu prometida. La desconcertará con el relato de su espionaje en el jardín.

—Que tengas suerte.

—Gracias.

Salió Chennery de la estancia, y los jóvenes quedaron solos.

—¿Muy cansada?

—Sí. Me recostaré en el sillón. ¡No te separes de mi lado! Deja que lo que resta lo hagan ellos.

El diálogo se tornó íntimo. Henderson confiaba en el porvenir, esforzándose en inyectar su optimismo a la muchacha.

Transcurrió media hora. Rodney se dirigió a la mesa de despacho para tomar un cigarrillo del paquete que Merriman dejara junto a la

escribanía, cuando sonó el teléfono.

—Diga... ¿Eres tú, Chennery? Sí. Escucho... ¿Cómo?... —el rostro del pintor reflejó asombro—. Voy enseguida. Me pondré las ropas como estén —colgó el auricular volviéndose a Nagako—. Susan Bedford ha sido apuñalada y muerta.

—¿Por sus mismos cómplices?

—Eso parece. Sabía demasiado, y la silenciaron. He de dejarte.

—Vayamos juntos. Así veré a mamá. Tengo que contarle la verdad.

—¿De nuestras relaciones?

—Aún es pronto para eso. Le referiré la aventura. Traeré ahora las ropas. Deben estar casi secas.

Así era. Rodney fue a vestirse a una habitación contigua, y Nagako lo hizo en el despacho de Merriman.

Ya en la calle, montaron en un vehículo de alquiler, trasladándose a la Ciudad Antigua. El americano dijo a la muchacha, al llegar:

—Ve a casa. Si tu madre no ha reparado en tu ausencia, es mejor que no la inquietes. A las once de mañana te aguardo frente al hotel. Diré a Chennery que monte vigilancia para protegerte. Adiós, querida.

—¡No te expongas!

—Lo procuraré. Duerme tranquila.

Nagako se comportaba con la vehemencia de una mujer enamorada, sin importarle otra cosa que la seguridad de Henderson, quien, apenas la perdió de vista, penetró decidido en el jardín contiguo. Merriman salió a su encuentro.

—No has tardado, Rodney. Mis dos agentes toman huellas y realizan un registro a fondo.

—¿La encontraste sin vida?

—Sí. Debieron matarla hace una hora. La única pista es Tandeddu. ¿Cómo encontrarle? Quizá a ti te sugiera algo el cadáver. Estás demostrando ser un perfecto investigador. Celebro haber solicitado tu colaboración.

Penetraron en el *hall,* adornado con buen gusto, pasando a una lujosa sala de té. Junto a una mesa de centro, en el suelo, se hallaba Susan Bedford sobre un charco de sangre.

Henderson la examinó pensativo. Un coche se detuvo en el jardín,

y de él saltaron dos miembros de los servicios especiales de la Oficina Internacional.

Merriman saludó a un francés del «Deuxième Bureau» y a un inglés del «Intelligence Service». Presentándoles a Rodney, refirió lo acontecido, sin omitir la intervención de Nagako.

—El asunto queda en sus manos —terminó diciendo—. Nosotros vamos a descansar.

Despidióse de sus colaboradores, dejando a sus agentes para que le informasen del avance de las pesquisas.

—Preferiría ir a pie hasta el Seiyoken, Chennery. ¿No has pensado en la necesidad de proteger la vida de Nagako?

—Sí; di instrucciones en ese sentido, antes de que llegaras —caminaron en silencio—. ¿Cuál es tu teoría, Rodney?

—¿Mi teoría?... ¿De qué?

—De todo. La infiltración de nuestros enemigos entre mis hombres, lo que tú calificas de sabotaje en la radio del helicóptero, y la muerte de Susan, deben haberte sugerido alguna idea.

—¿Cuál es la tuya?

—Ninguna. Estoy en tinieblas, preso de confusionismo.

—¿Y por qué había de tenerla yo, un principiante en lides de espionaje?

—No lo sé —repuso Chennery, tras una leve duda—. Has intervenido en el caso de forma directa, con riesgo de tu vida. Tal vez ello te ha hecho ver más claro que a mí.

El pintor no respondió. El hombre del Servicio Secreto, intrigado por tal mutismo, preguntóse a qué obedecería. Cuando cruzaban el Sumidagawa, Henderson dijo:

—¿No relacionas a nadie con la identidad del jefe supremo de la organización que persigues? ¿Orientaste en tal sentido tus investigaciones?

—Sí. Por dos veces he comunicado mi impotencia a mis superiores del «Central Intelligence Agency», solicitando un relevo que no me han concedido. El espionaje es lucha en la sombra. Nunca lo fue tanto para mí como en este caso. Tengo fama de competente. Ahora la voy a perder. Cosecho fracaso tras fracaso.

—¿Eres tú el jefe de la Oficina Internacional de Tokio?

—Tuvieron el mal acierto de designarme para tal cargo.

Individualmente el «Intelligence Service» y el «Deuxième Bureau» no han obtenido éxitos. Los ataques van dirigidos contra nuestra patria, y no se arriesgan en exceso.

Henderson aventuró:

—Posiblemente, se esté jugando en Tokio la paz del mundo.

Chennery, deteniéndose, sonrió con sarcasmo.

—No seas ingenuo. La paz no es otra cosa que una tregua entre dos guerras. Las colonias británicas y francesas desean su independencia. Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Alemania y tantos otros pueblos sueñan con su libertad mientras los demás países ambicionan el dominio del mundo. Los congresos de paz y las asociaciones internacionales sirven a la propaganda política, pero no engañan a los que desempeñamos puestos de responsabilidad. Más tarde o más temprano, estallará el tercer conflicto, y el triunfo será del más fuerte.

Las palabras de Merriman, pesimistas, desalentadoras, impresionaron desagradablemente a Rodney.

—He sido un combatiente, y no acostumbro a cerrar mis ojos a la verdad. ¡Yo, y conmigo millones de hombres, necesitamos creer en la paz para no volvernos locos pensando en un nuevo infierno!

Chennery extrajo su pitillera, ofreciendo un «Philip Morris» a Henderson:

—Fuma. ¿Por qué no vienes a mi oficina? No doy un centavo por tu vida. Allí hay habitaciones para los dos, y podré solicitar en el acto tu ayuda. Cambiaremos impresiones antes de acostarnos.

—Accedo.

Había sequedad en la respuesta de Henderson, al que aún aguardaba una sorpresa en el despacho de Merriman. Llevaban unos minutos allí, cuando un oficial entró para anunciar:

—Ha sido encontrado muerto un hombre en las inmediaciones de la Ciudad Antigua. Llevaba un pasaporte, visado por la Embajada francesa, expedido a nombre de Jacques Tandeddu.

Chennery se incorporó, crispando los nudillos de sus manos, que se aferraron al reborde de la mesa.

—¡Comuníqueme el lugar exacto!

—Abajo aguarda un soldado con un «jeep». Él trajo la noticia, y puede conducirle al sitio deseado. Se han interrumpido las

comunicaciones telefónicas.

—¿Un nuevo sabotaje?

—Posiblemente.

—Retírese.

—A la orden.

Hubo unos segundos de silencio. Rodney observaba a su amigo que, inmóvil y en actitud meditativa, no le miró. Luego dijo, con voz opaca:

—La muerte borra las huellas. ¿Vienes?

—No lo considero necesario. ¿Cuál es mi habitación?

—La segunda del pasillo, a la derecha. Encontrarás la llave en la cerradura. ¿Qué incógnita te turbará el sueño?

—La identidad del jefe. He ahí el principio y el fin de las investigaciones. Que tengas suerte. Estaré dormido cuando regreses.

Los dos hombres se separaron. Henderson vio montar a Chennery en un «jeep» y dirigióse a un despacho, en cuyo interior había luz. Un hombre no muy alto y grueso, que estudiaba unos documentos, se puso en pie al verle:

—¿Qué desea?

—Hablar con el inspector principal en Tokio del «Intelligence Service».

—Yo soy. ¿Usted, quién es?

Rodney enseñó su documentación, sin omitir la que le entregara Merriman.

—Lo que voy a decirle es de tanta importancia, que tendrá que demostrarme también su identidad —el inglés lo hizo. Henderson, satisfecho, continuó—: Gracias.

Muy despacio, sospesando cada uno de sus argumentos, Rodney habló durante quince minutos. Al terminar, el del «Intelligence Service» se limpió el sudor de la frente.

—Estoy a sus órdenes, señor Henderson. Disponga de mí y de mi Departamento.

CAPÍTULO VIII

EL VIEJO Y EL NUEVO JAPÓN

—Hoy tengo el día libre. Entre Irabumi y yo hemos ideado la visita a unos familiares. Mi hermana me ha convencido de que el engaño no es grave, si evitamos un disgusto a nuestra madre. Por favor, no me cojas del brazo por la calle, Rodney. Públicamente no es costumbre ni aun estrecharse la mano. Al encontrarse dos amigos, se inclinan ceremoniosos y silban. ¿Te ríes? ¿No me crees?

—Pasé parte de la noche estudiando las costumbre de tu patria, Nagako, para no encontrarme en inferioridad de condiciones en el diálogo. Si no te importa, me agradaría pasear por las proximidades de la estación de Tokio. Empiezo a sentirme ávido de gustar las esencias tradicionales del Japón. Sin embargo... lamento contrariarte. Sentirte cerca de mí, es un placer demasiado grande para que renuncie a él.

La tomó del brazo. La muchacha, conocedora del obstinado carácter de su prometido, juzgó inútil resistirse. Además, ella también lo deseaba.

La mañana era espléndida, y el sol primaveral acariciaba a los enamorados que, ajenos a lo que no fuese su cariño y, por mandato de Chennery, escoltados a prudencial distancia por un miembro del Servicio Secreto norteamericano, se detuvieron en estrechas callejas, con edificios de una sola planta y tiendas donde se vendían los más disparatados artículos. Desde alcohol con mezcla de gorriones cocidos, en alivio de la tos, hasta comadrejas, arañas y sapos, magníficos remedios contra las roturas de huesos y el reumatismo.

Henderson deseaba una oportunidad para demostrar a Nagako que el honor no era el atributo de su raza, sino el de un sector escogido. Necesitaba arrancar por completo del corazón de la mujer todo lo que, por culto al pasado, pudiera separarles.

—¿Salías mucho de casa, en vida de tu padre?

—No nos era permitido.

—Comprendo por qué culpas al invasor de las desgracias de tu país. Antes que nosotros llegáramos a Tokio, ya habitaba en él Hitoshi Narikawa, popularmente conocido por Papa-San o «el rey del pecado». ¿Sabes cómo se nutrían sus prostíbulos? Millares de padres vendían a sus hijas por cantidades que oscilaban entre los doscientos y dos mil yenes, sin ignorar el destino que se les reservaba. Había en Tokio, cuando nosotros ocupamos la capital, más casas de vicio que en Nueva York, Filadelfia, Washington y Chicago. En cualquier café o taberna, por unas monedas, se conseguía una taza de té y una muchacha. ¿Número de establecimientos de esa índole diseminados por el Japón? La cifra es aterradora, pero exacta. Más de seis mil. Tu padre era un hombre de rectitud, como tú misma le has calificado. Él no cometió indignidades. Era y es frecuente que el marido lleve a otra mujer a su alcoba sin que la esposa se considere humillada. No quiero escandalizarle con detalles. En el tiempo que llevamos de ocupación, han nacido más de noventa, mil hijos de madres solteras, según las últimas estadísticas. ¿Dónde está el odio al extranjero? Mac Arthur lucha por evitar la inmoralidad, y lo va consiguiendo. Las patrullas militares no solo sirven para combatir a los saboteadores, sino para imponer una rígida disciplina a los soldados.

—¡Es horrible lo que afirmas!

—Exacto, por desdicha. ¿A quién miras?

—A ese hombre. Su retrato lo reprodujo muchas veces la prensa antes de la guerra.

Rodney reparó en un individuo de edad madura, ataviado con un «suéter» americano y que fumaba tabaco rubio. Tenía aspecto de haber sufrido privaciones y penalidades.

—¿Quién es?

—Kinichi Tokuda, el Secretario General del Partido Comunista. Estuvo diecisiete años en la cárcel de la isla de Hokkaido.

Henderson recordó conversaciones con el coronel Cresswell y el comandante Austin Drake, del S.C.A.P., en las que ambos calificaron a Tokuda de «el hombre más peligroso del Japón».

—El emperador creyó oportuno tenerle preso; nosotros, por falta de pruebas reales, le dejamos en libertad. No sojuzgamos a un pueblo, Nagako, sino que pretendemos ayudarle.

La joven no le respondió, impresionada por las palabras de su prometido.

Caminaron en silencio hasta detenerse en un restaurante al aire libre.

—Me apetece té —dijo Rodney.

—En nuestra entrevista del bar frontero al Club de Tokio, me interrogaste sobre el significado del «Cha-no-yu» —repuso Nagako Masutani—. Ven conmigo. Tomaremos lo que deseas, a la usanza japonesa. Así conocerás una de las bellas artes que más se practican en mi patria. Nos hallamos cerca de una posada típica, la de Tori-Kwan.

La joven, mientras caminaban hacia el lugar indicado, iba ilustrando al hombre que amaba sobre lo que despertaba su curiosidad.

—Toda la poesía que los occidentales nos han adjudicado, en su literatura, la obsequiosidad, el ritmo, la grandeza de alma, está condensaba en el «Cha-no-yu». La ceremonia, pues así debe calificarse, fue ideada por un contemplativo que quiso hacer de la toma de té un canto a la paz, a la bondad y al amor. El odio queda a la puerta del cuarto destinado al «Cha-no-yu», en el que amigos y enemigos se contemplan con una sonrisa cordial. La estancia destinada a tal propósito carece de decorados y de muebles que, por su belleza o tosquedad, pudieran distraer la atención. Únicamente un cuadro, de nombre tradicional: el «Kakemono», se presta al interés de los reunidos con sus pinturas ingenuas. El tiempo se detiene. Nadie debe mostrar impaciencia. Media hora, una, cinco... ¡Qué importa! Hemos llegado. Suelta mi brazo. Vamos a enfrentarnos con la historia.

Un sirviente les recibió con reverencias. Nagako, en su idioma nativo, le dijo lo que deseaban, y fueron conducidos a una sala no muy grande, que respondía a la descripción de la muchacha.

—Olvidé decirte, Rodney, que no hay sillas y que habremos de sentarnos en cojines.

—No lo hagas aún. Espera. Antes quiero...

Se acercó a ella con naturalidad, besándola en los labios. La mujer se estremeció. Separándose, contestó con una sonrisa feliz:

—No es necesario que completes la frase. ¿Por qué lo hiciste?

—Recordaba lo que me explicaste sobre el «Cha-no-yu» como santuario del amor y la poesía.

Nagako rio, y su semblante, al adquirir mayor belleza, pareció iluminarse con una luz nueva.

Tomaron el té conversando del futuro. Henderson quiso abordar el problema que más le preocupaba.

—¿Te importará venir conmigo a los Estados Unidos? Tengo allí mi vida. Tu madre puede acompañarnos. Irabumi seguirá a James Webb. ¿A qué dejarla sola en Tokio? Ese debe ser tu argumento.

—No basta, Rodney. Ella no quedará sola. La acompañan los espíritus de nuestros antepasados, de su esposo...

Se interrumpió. Un trueno, que aumentaba por segundos, les hizo ponerse en pie. Nagako, con admirable serenidad, previno:

—Un terremoto.

Se situaron en uno de los rincones de la estancia, mientras sentían temblar todo a su alrededor. Él la abrazó para protegerla, sintiendo en sus venas el hielo de lo desconocido. La mesita en la que se hallaba la bandeja con el servicio de té, se movía cual si la empujara una mano invisible. El «Kakemono» cayó al suelo con estrépito.

Al oír un crujido, Rodney elevó los ojos. En el techo habíase abierto una profunda grieta.

El estruendo fue alejándose hasta desaparecer. Nagako comentó, al contemplar los destrozos en la estructura del cuarto:

—No ha sido muy fuerte, pero algunas casas habrán quedado en ruinas. Salgamos.

—¿No tuviste miedo?

—No. En el Japón se registran millares de terremotos todos los años, la mayoría de ellos tan ligeros que solo los sismógrafos pueden descubrirlos.

Entre los japoneses chapados a la antigua, especialmente en los distritos rurales, las previsiones del tiempo se hacen de acuerdo con la hora en que ocurre el terremoto. Si el temblor de tierra sucede entre las cinco y las siete de la tarde, lloverá; un terremoto a las cuatro de la tarde, significa tiempo seco, y entre las seis y las siete, señala que es menester precaverse contra los vientos[7]. En realidad, nos son útiles. El más terrible fue el de 1923, que produjo numerosas víctimas. Por eso las construcciones son débiles. Así los escombros

no producen heridas.

Henderson abonó el importe del té a uno de los criados que se ocupaba en reparar los efectos del seísmo y, con Nagako, salió a la calle.

Pasaron el resto del día en el Parque Ueno, en el que comieron, y en un cinematógrafo presenciando la proyección de la primera película nipona rodada en el Japón después de la guerra, con un escena en la que los protagonistas se besaban. El estreno de «Hatachi no Seishun»[8], había provocado grandes controversias en el país, pues no se estimaban necesarias las públicas expresiones de cariño.

La cena tuvo lugar en un viejo restaurante de la Ciudad Antigua en el que, con la autorización de la Oficina Metropolitana de Seguridad de Tokio, se habían sustituido las orquestas de música moderna por un grupo de «geishas», en gracia al pintoresquismo. Las muchachas, muy maquilladas, con altos peinados y lujosos kimonos, bailaban danzas tradicionales a los acordes de sus instrumentos preferidos: los «samiens». Eran mujeres educadas, desde su infancia, para dedicarse a las bellas artes.

Henderson había evitado referirse durante la feliz jornada, a los sangrientos sucesos que les unieron, despreocupándose merced a saberse protegido por el miembro del Servicio Secreto, que cenaba en una mesa contigua y que no cesó ni un instante de vigilarles. Sin embargo, le extrañaba, previniéndole, que no hubiesen atentado contra sus vidas. Nagako, cual si le adivinara el pensamiento, comentó:

—Quizá la muerte de los dos peligrosos testigos, Susan Bedford y Jacques Tandeddu, dé comienzo a una era de paz.

La joven ignoraba la presencia del agente de Chennery, al que, en ese instante, Rodney vio consultar el reloj, ponerse en pie y dirigirse a la cabina telefónica, regresando a los pocos minutos. ¿Habría pedido el relevo?

Degustando café y licores, digno epílogo a una suculenta cena, y dejándose envolver por la melancolía de las canciones de las «geishas», transcurrió el tiempo para los enamorados que, con las manos enlazadas por debajo del tablero de la mesa, sentíanse habitantes de un mundo sin trágica herencia ni porvenir incierto.

Tan abstraídos se hallaban, que no sintieron acercarse a Merriman

Chennery.

—Buenas noches. ¿Os interrumpo?

—Nada de eso. Tú eres el más indicado para volvernos a la áspera realidad. Siéntate.

—No es un halago lo que acabas de decirme.

—¿Cenaste?

—Sí. Café y coñac —pidió a un camarero—. Me considero invitado.

—Desde luego.

—No me refiero a la consumición de ahora, sino a vuestra boda. ¿Me autoriza a tratarla con idéntica familiaridad que a Rodney, Nagako? Usted debe hacerlo del mismo modo. ¿Día dichoso?

—Como ninguno —respondió la muchacha—, pero no le importe decirnos lo que le preocupa.

—¿Cómo lo sabes?

—Por las arrugas de su frente y el rápido parpadeo de sus ojos... de tu frente y tus ojos. Me costará acostumbrarme.

—Buena observadora —y dijo a Rodney—: Envié tus dibujos de Haruji Konoye, Jacques Tandeddu y Josiah Marquat a la central del C. I. A., y he recibido respuesta. Los dos pretendidos franceses son nacidos en Polonia y educados en Francia. Toda su vida la dedicaron al espionaje a las órdenes del mejor postor. En cuanto al japonés, carece de ficha.

—Por lo que veo, nada interesante.

—Sí, Rodney. El aviso que se recibió en el S.C.A.P., de la Embajada, francesa, era falso. Acabo de hablar con el jefe del «Deuxième Bureau».

—¿Cómo pueden suceder tales cosas, existiendo líneas telefónicas oficiales?

—No lo sé. Josiah Marquat ha sido hallado muerto. Como Tandeddu y Susan, bastó una puñalada. Siempre sospeché de la que, en apariencia, cortejaba. La supuse ambiciosa de dinero, pero nunca uno de los principales miembros de la organización.

—El enlace entre el jefe supremo y los subordinados —corrigió Henderson.

—En efecto. Una vez más necesito tu ayuda, Rodney. Salgamos, si os parece.

Abandonaron el local y, por los jardines inmediatos a la residencia del Emperador, luego de un breve paseo, los dos hombres y la mujer conversaron de algo que contrastaba con el aroma de las flores y la paz del ambiente. Chennery fue el primero en hablar:

—El escucha del «Intelligence Service» ha interceptado un mensaje de Moscú al Japón, en el que se comunicaba el traslado a Tokio del subjefe del Servicio Soviético de Información Militar. Desembarcará junto a los fuertes de Yokohama, en una motora, a las tres de la madrugada.

—¿Cómo hará el viaje? —inquirió el pintor.

—Es de suponer que en un hidroavión.

—¿Y quieres que vaya yo a recibirle?

—Sí.

—¿Cómo y por qué?

Las preguntas de Rodney eran cortantes. Merriman, al observar que Nagako asía del brazo a su prometido, cual si intentara defenderle, se creyó en el deber de tranquilizarla:

—No te inquietes. La vida de Henderson es preciosa para mí. Los hombres del Servicio Secreto que operan en la Oficina Internacional, como los de casi todo el mundo, son conocidos por las potencias enemigas. La U. R. S. S. tiene montado su espionaje en los principales países. Si el ruso se arriesga a venir, es porque, de antemano, sus enemigos serán vigilados. Hace falta una cara nueva. Oye mis planes sin interrumpirme. Sé que no te negarás.

Chennery, tras una breve pausa, comenzó a exponer sus proyectos...

CAPÍTULO IX

TRAMPA MORTAL

El hombre, sentado en una roca, junto a una lancha a motor que se balanceaba en el agua, sujeta a tierra por una recia maroma, consultó por tercera vez su cronómetro. Había llegado demasiado pronto. Faltaban aún diez minutos.

Un viento fuerte agitaba el mar, y negras nubes oscurecían el firmamento presagiando un temporal.

—Mala noche para navegar —dijo, poniéndose en pie.

Se abstrajo en la contemplación del Océano Pacífico, que se mostraba poco propicio a ser surcado por embarcaciones ligeras.

El hombre, preso de viva preocupación, no sintió que a su espalda, protegidos en los grandes peñascos de la costa, acercábanse tres individuos. La cautela de su avance y el sordo rumor del océano, le impidieron darse cuenta del peligro hasta que fue inevitable. Una voz firme, sin inflexiones, amenazó en la noche:

—Alza los brazos, y no te muevas ni una pulgada o te acribillo.

El aludido obedeció, preguntándose quiénes serían los que conversaban entre sí con tono que era un murmullo.

—Vuélvete.

Así lo hizo. No pudo reprimir un grito de asombro al reconocer a...

—¡Merriman Chennery!

—El mismo —respondió, con sorna, el del Servicio Secreto—. Por fin logré cazar a uno de los traidores.

—¿Qué cargo ocupaba? —inquirió Rodney Henderson que, en unión del coronel Cresswell, integraba el grupo.

—Era el jefe del gabinete telegráfico.

—¿Del C. I. A.?

—No. Pertenece al «Intelligence Service». Prefiero que sea él a ningún otro. Vio a Ralph Anstruther, y conoce los métodos del

espionaje. Disponemos de siete minutos. Bastarán para interrogarle.

Merriman guardó la automática sacando un cuchillo que llevaba pendiente de una funda del cinturón.

—¿Qué se propone hacer, Chennery?

—No perder el tiempo. Le concedo el placer de vengar a su secretario, Cresswell.

—Gracias. Hágalo usted. Soy un militar, y me repugnan esos sistemas.

—A mí también, pero lo considero necesario. ¡Extiende las muñecas!

El falso marinero accedió, y Merriman, con extraordinaria rapidez, le colocó unas esposas, desarmándole.

—Si te niegas a contestar a mis preguntas, te torturaré igual que lo hicieron con Ralph, aunque procurando dejarte con vida para que tus cómplices acaben de ensañarse contigo.

—No seré tan necio. Sé cuándo me toca perder. Si me ejecutan los grupos de acción del «Intelligence Service», lo harán de un disparo.

—Celebro tu sensatez. ¿A quién vas a buscar?

—A un miembro del Servicio Soviético de Información Militar. Tengo orden de conducirle a uno de nuestros refugios de Tokio.

—El que viene, ¿conoce el emplazamiento?

—No. Es la primera vez que visita el Japón.

—¿Con qué contraseña os distinguiréis? ¿Dónde debes aguardarle?

—La frase convenida es: «¿Lleva mucho esperándome?» Yo debo responderle: «El necesario». He de ir con la gasolinera hasta la boya de las rompientes, a una milla de aquí en línea recta y hacer señales con una linterna, en dirección al mar, apagándola y encendiéndola repetidas veces.

—¿En morse? —el interrogado vaciló, y Merriman clavó su cuchillo en una de las manos del prisionero—. ¡Responde o...!

—Sí —la voz del traidor vibró de pánico—. ¡No me hiera! Se han de repetir las letras S. O. S. ¡No sé más!

—Dispones de un minuto para confiarnos algún detalle que hayas olvidado. Te retendré prisionero hasta que sepa del buen resultado de mi plan. Si falla por tu culpa, tendrás una muerte lenta, horrible. ¿Dónde viniste?

—En un «Packard» negro que espera en la carretera. En el bolsillo de la americana, tengo la lámpara eléctrica y las llaves del coche.

—Tómalo, Rodney —el aludido obedeció—. ¿Nada más? Piensa que en el espionaje no existe la piedad. ¿Por cuenta de quién nos traicionabas? ¿Del Servicio Soviético de Información Militar?

—No. De la M.G.B., dependiente del Ministerio de la Seguridad del Estado.

—¿Deberías llevar una ropa convenida? disfracé de marinero a propia voluntad.

—¿Te conoce el que llega?

—No. Mi ficha no está en sus archivos, para evitar que el contraespionaje me descubra.

—Es lógico —Chennery se volvió a Henderson—. Ponte su gorra, y apodérate de sus documentos. Desde este instante eres Charles Durdin, del «Intelligence Service», vendido a la M.G.B. ¡Que Dios te ayude! Confío en que el temporal estalle cuando hayas regresado a la costa. Adiós, y suerte.

El pintor estrechó la mano de Merriman y del coronel Cresswell y, poniéndose la gorra del prisionero, montó en la motora, liando la cuerda de amarre. Al ver unos remos en el interior de la lancha, comprendió que debía utilizarlos al regresar con el que llegaba a Tokio. Ahora no necesitaba tantas precauciones. Las lanchas rápidas norteamericanas que vigilaban la costa, habían recibido órdenes de permanecer en sus bases. Se deseaba que el subjefe del Servicio Soviético de Información Militar entrara en Tokio y...

Un golpe de mar le distrajo de sus pensamientos, obligándole a prestar atención a la lancha. Puso el motor en marcha y, atento a la maniobra, se separó de la costa.

No bien se hubo internado en el mar, comprendió que lo menos peligroso de su misión era el recibir una bala enemiga. El océano agitábase por instantes, zarandeando la gasolinera.

...«Boya de las rompientes a una milla en línea recta».

Los datos bastaban. A las tres menos dos minutos de la madrugada, el ruido del mar se hizo más fuerte. Las olas chocaban contra rocas medio sumergidas.

Aminoró la marcha y acercóse a un boya gigantesca, que se balanceaba a impulsos del fuerte mar.

Con el motor parado, hizo las señales con la linterna. Por su condición de teniente de Infantería de Marina durante la guerra, era práctico en la navegación y en emitir y captar mensajes en morse. Repitió varias veces hasta que, desde el aire, brilló, por un segundo, una luz, al tiempo que el mosconeo de un avión se mezclaba con el rugido del mar. Encendió de nuevo la linterna para facilitar el amaraje al hidro, lo que no tardó en suceder a unos doscientos metros de distancia. Henderson, utilizando los remos, se acercó al aparato, en cuyo costado abrióse una puerta para dar paso a un hombre.

—¿Lleva mucho esperándome?

La voz de Rodney no tembló al responder:

—El necesario. Arrimaré más el bote.

Un individuo alto y enjuto, ataviado a la europea y cubierto con un «cuero», saltó a la lancha, mientras Henderson se quitaba, respetuosamente, la gorra.

—Cúbrete, camarada. Por un momento temí que no vinieras. El estado del mar es temeroso.

—Aun en la seguridad de naufragar, hubiera acudido a la cita.

Complacido, el que llegaba se presentó:

—Me llamo Doc Butenko. Charlaremos en inglés, si te parece.

—A tu gusto.

De nuevo puso Rodney el motor en marcha, con rumbo a la costa. Una ola gigantesca estuvo a punto de hacer volcar la embarcación, al tiempo que el océano se iluminaba con un relámpago. El hidro se apresuró a elevarse. Henderson, solo con su compañero, ironizó:

—¿De cuándo los agentes soviéticos viajan en aviones de los Estados Unidos?

Doc Butenko lanzó una sonora carcajada, pero su respuesta no llegó a oídos de Rodney. Un trueno pareció ensordecerles...

* * *

En el chalet que fue propiedad de Susan Bedford, Chennery y el coronel Creswell daban las últimas instrucciones a Nagako Masutani.

—No olvides que para el ruso eres la amante de Charles Durdin. Rodney te pedirá que te quedes a la entrevista. Disimuladamente pondrás en marcha el aparato de cinta magnetofónica instalado en la

caja de tabaco. Bastará que oprimas...

—Ya lo sé —repuso, impaciente, la muchacha—. La moldura de la izquierda.

En la mesita de centro había una artística arqueta y, junto a ella, una caja de cigarrillos «Abdullah» y un recipiente de bronce con tabaco de pipa.

—Charles Durdin —insistió el miembro del Servicio Secreto—. Ni una sola vez se te ocurra llamarle Rodney. Nosotros aguardaremos en el jardín a que nos transmitas el «sin novedad», alzando el visillo de la ventana en la forma convenida. Si conseguís inspirar confianza a ese hombre, él nos descubrirá la red de espionaje soviética y, tal vez, la identidad del jefe de la organización que perseguimos, en el supuesto que mantengan contacto.

Un trueno horrísono estremeció los cristales del chalet. Cresswell comentó, sarcástico:

—Una noche ideal para una aventura de película.

—En el espionaje, la realidad excede siempre a la imaginación —miró su cronómetro—. Las tres y cinco. Ya estará navegando Henderson hacia la costa. Tendrá ocasión de recordar sus tiempos en la Armada.

Merriman se incorporó del sillón que ocupaba, para pasear por la estancia. Gruesas gotas de lluvia tamborilearon en los vidrios de las ventanas.

—Calculo que falta más de media hora para que Rodney llegue. Es necio que nos empapemos en el jardín. Además, estando aquí, Nagako no sufrirá soledad. ¿No tienes miedo?

—Casi tanto como tú, Chennery. Tu nerviosismo me preocupa. ¿Hay algún fallo en tus proyectos?

Sorprendido de la agudeza de la muchacha, el del Servicio Secreto lanzó una carcajada.

—Ninguno. Lo que me desasosiega, con alegría, es adivinar que en breve podré presentar un nuevo triunfo a mi patria. ¿Cigarrillos?

Fumaron los tres, en silencio. Cresswell meditaba en el diálogo que sostuvo en privado con Henderson. ¡Resultaba tan inconcebible!

Merriman, en sus paseos, no perdía de vista la caja de tabaco en la que iban a registrarse, merced al oculto aparato de cinta magnetofónica, las declaraciones del subjefe del Servicio Soviético

de Información Militar. Sus labios se plegaron en una sonrisa de superioridad, de triunfo.

—Ha dejado de llover —anunció—. El aire ha aumentado y contribuirá a serenar mis ideas. Parezco un novicio en lides de espionaje. Son muchos meses de fracasos los que se resolverán esta noche, a no ser que...

Calló como si temiera haber hablado con exceso. Nagako Masutani completó la idea:

—... que Rodney se haya hundido con el ruso. ¡No debió permitirle ir!

—Era necesario. Mi ansiedad es tan grande que no sé reprimir mis emociones. Mejor será que salgamos, Cresswell.

Así lo hicieron, ocultándose al fondo del jardín. Quince minutos más tarde, se abrió la verja para dar paso a Henderson y a un desconocido, que penetraron en la casa.

—El momento es llegado —susurró Chennery—. ¡Nagako alza el visillo! ¡No sospecha! Salgamos. Montaremos mejor la guardia desde el exterior.

Con sigilo abandonaron el Hotel. El aire aumentaba, haciendo doblarse las ramas de los árboles.

Los minutos transcurrieron angustiosamente.

Una hora... dos...

Y el amanecer les sorprendió fumando, recostados en la pared fronteriza al chalet de Susan Bedford.

—¿Qué habrá sucedido? —inquirió Merriman.

—Rodney nos lo dirá. Ahí sale.

En efecto. El pintor, cerrando a su espalda la cancela de hierro, aproximóse a sus camaradas.

—Doc Butenko duerme.

—¿Cuál es el motivo de su viaje?

La pregunta de Chennery no obtuvo inmediata respuesta. El pintor meditaba:

—No lo ha manifestado. Apenas estuvo unos minutos con nosotros. Se limitó a fumar un cigarrillo, y a manifestar deseos de retirarse. Nagako había preparado el té con un somnífero, y registré sus documentos. Trae un pasaporte de Moscú con el visado de la Legación de Tokio. Sin duda piensa permanecer algunos meses en la

capital.

—¿Qué profesión consta en el pasaporte?

—Diplomático.

Cresswell intervino en el diálogo:

—¿Por qué entró clandestinamente, pudiendo hacerlo de modo oficial? Ordenaré su detención.

—Sería un feo pleito con las autoridades rusas. Lo más acertado es seguir sus pasos. ¿No crees lo mismo, Rodney?

—No lo sé. Ahora saldrá Nagako, e iremos a hablar con su madre. Hemos proyectado casarnos y abandonar el Japón, antes de que Haruji Konoye o cualquiera de sus secuaces nos asesine. Hice lo que pude. Doc Butenko, apenas amanezca, se trasladará al Hotel Imperial. Mi desaparición no le extrañará. De un inglés renegado puede esperarse la huida, si teme haber servido mal a sus nuevos amos. ¿Qué te sucede, Merriman?

—Nada. Me desconcierta lo que ocurre. ¡Resulta todo tan extraño!... Empiezo a perder facultades. ¿Y el aparato de cinta magnetofónica?

—No hubo lugar a utilizarlo. Quizá lo hagamos durante el desayuno, si nuestro huésped rompe su asiático hermetismo.

—Procurad que hable. Cresswell y yo nos retiramos. Daré órdenes para que los más expertos miembros del Servicio Secreto vigilen a Butenko. Ahí sale Nagako. Que tengáis suerte, y consigáis vuestra autorización de boda. ¿Vamos, coronel? Estoy rendido.

—Yo también.

La muchacha no cruzó la calle, esperando a que Henderson se le reuniera.

—¿Despertaremos a tu madre? Opto por esperar.

—No. Ya estará orando en el «kito-jo», y habrá descubierto mi ausencia. Acostumbra a darnos un beso al levantarse.

Con el llavín, que extrajo de su bolso de mano, la joven abrió la verja, y luego la puerta interior de su domicilio, en el instante que un horrible grito, un alarido de locura, se alzaba en el aire.

Nagako, asaltada por un horrible presentimiento.

Se dirigió al oratorio, deteniéndose en el umbral. El cuadro que se ofrecía a sus ojos era aterrador. Irabumi, arrodillada junto al cadáver de su madre, sollozaba presa de una crisis de nervios. Una daga

corta, la misma del Parque Shiba, yacía sobre un charco de sangre coagulada.

—«Hara-kiri!» —exclamó Henderson—. Ayúdame a confortar a tu hermana. ¿Qué la induciría a cometer semejante atrocidad?

Muy pálida, Nagako respondió:

—Tal vez el no encontrarme en el lecho y suponerme deshonrada.

—No. Su muerte data de varias horas. La rigidez del cuerpo es completa.

Alzó a Irabumi entre sus brazos, sacándola del «kito-jo».

—Serénate, pequeña. El hecho no tiene remedio.

Por vez primera, la joven reparó en Rodney.

—¡Yo he sido la culpable!... ¡Yo la maté!

Costó mucho a Henderson tranquilizar a la muchacha. Cuando lo hubo conseguido se dirigió al oratorio, viendo a Nagako en la misma postura que la dejara. Por las mejillas de su prometida se deslizaban gruesas lágrimas. ¡Qué cambio tan enorme el experimentado por la primogénita de los Masutani! Quien fue capaz de cortar la cabeza a su padre, sirviéndole de «baishaku» o caballero ejecutor, ahora denotaba profunda pena. ¡Gran milagro el del amor!

—Ve al salón, Nagako. Has de ser fuerte.

La acompañó hasta el lugar en el que Irabumi lloraba mansamente y, regresando al «kito-jo», examinó el cadáver de la anciana. Se había inferido un profundo corte en el vientre, desangrándose. A unos pasos de la daga había un doblado papel, que leyó Rodney.

Reunióse con las muchachas. Nagako llenaba tres copas con el contenido de una botella de «sake».

—Nada conseguiremos desesperándonos. Toma, Rodney.

—Gracias.

Apuraron en silencio el licor. Henderson, observando la actitud sombría de las dos jóvenes, interrogó a Irabumi:

—¿Por qué te consideras culpable?

—Anoche le hablé de James como de un buen amigo cuyo trato frecuentaba. Debió adivinar la verdad, y matarse.

Henderson dijo:

—Oídme. Es la última voluntad de vuestra madre. Murió creyéndoos fieles a los principios del honor japonés. «Voy a practicar el «seppuku» porque no puedo resistir la idea de haberme separado

de mi esposo. Me reuniré para siempre con él. Tú, Irabumi, obligada por las exigencias de la vida, te ves arrastrada a frecuentar el trato de extranjeros, con serio peligro para tu virtud. En cuanto a ti, Nagako, no tardarás en sucumbir también a la misma necesidad. El viejo Japón ha muerto. Yo no debo sobrevivirle» —entregó la nota a las hermanas, añadiendo—: Se hizo el «harakiri» orgullosa de sus hijas, para marchar con el hombre al que amaba y no ver el triunfo de occidente en lo religioso y lo moral. ¿Quién sabe qué desilusiones no la empujaron al suicidio?

Se arrepintió tarde de su calificativo. Nagako le miró, con un mudo reproche.

El silencio, por lo prolongado e intenso, pareció adquirir propia sonoridad. Henderson, que continuaba en pie, sugirió:

—¿Os parece que me ponga en contacto con el S.C.A.P.? Es necesario enterrar a vuestra madre.

—Hazlo. No nos moveremos de aquí.

—¿Por qué no me acompañáis? Temo que la soledad os afecte demasiado y...

Nagako sonrió con tristeza.

—No te inquietes por nosotras. Estamos muy apegadas a lo que ella odiaba, para imitarla. El drama que la historia y la vida han planteado, únicamente podía ser resuelto con la muerte. El viejo Japón agoniza.

Rodney no creyó oportuno hacer consideraciones sobre el porvenir del Imperio y, esbozando una sonrisa, abandonó el chalet para dirigirse a un teléfono público, desde el que se puso en comunicación con James Webb, informándole de lo ocurrido. Al terminar, el oficial inquirió:

—¿Me traslado allá?

—Sí; pero antes comunica con el S.C.A.P., a fin de que envíen a reconocer el cadáver. Volveré con Irabumi y Nagako.

Colgó el auricular para regresar al hotel de los Masutani. Las dos muchachas le miraron.

—Pronto terminaste —comentó su prometida.

—Encargué a James de las gestiones —leve pausa—. Conociendo lo que íntimamente os angustia, me gustaría calar en vuestras almas para convenceros de que no sois en nada culpables del... —la palabra

suicidio bailó en sus labios— «seppuku» de vuestros padres. Incapaces de doblegarse a la verdad de la nueva era del Japón, eligieron su destino. Es el triunfo del presente sobre el pasado. Nagako, ¿tendrás fuerza para que juntos terminemos nuestra empresa?

—Sí.

—¡Es tu mejor servicio a la patria! Haruji Konoye...

Le interrumpió un disparo de pistola. Intuyendo lo que acababa de suceder, Henderson salió al jardín, y para ganar tiempo, en un alarde de facultades físicas, saltó por la tapia al pequeño parque de Susan Bedford.

Cauteloso, con un revólver en la diestra, penetró en el *hall* del chalet y, después, en la habitación donde se celebrara la breve entrevista con Doc Butenko que, pistola en mano, sonreía. A sus pies, muy cerca de la mesa sobre la que se hallaba el magnetofón, camuflado con la apariencia de una caja de tabaco, Haruji Konoye, en el suelo, se apretaba el vientre con ambas manos.

El pintor arrodillóse junto al japonés, en el deseo de arrancarle una última declaración.

—¿De qué le ordenaron apoderarse? Si responde, llamaremos a una ambulancia para que no muera.

El aludido, con una mueca de desprecio, contestó:

—«Es una virtud reconocer la derrota». No he olvidado su frase. Le prometí recordarla si me veía en idéntica situación que usted, y soy fiel a mi palabra.

—¿No le sorprende verme con vida?

—Lo supe hace una hora, al recibir instrucciones para...

Aunque de los labios de Haruji Konoye no brotó un grito de dolor, su rostro se contrajo.

—Quéjese, si eso le consuela.

—No es digno.

—¿Acaso lo es más condenar a un hombre y a una mujer a perecer ahogados en la bodega de un buque?

Los ojos del japonés brillaron, cual si quisieran manifestar la fidelidad a un juramento o a unos equivocados principios. Luego, quedaron inmóviles.

—¡Ha muerto! —anunció Doc Butenko—. Esto confirma su

teoría, Rodney. Urge que actuemos.

—Es la hora prevista. Avise al inspector del «Intelligence Service», y cuando llegue, mándeme recado al hotel contiguo.

—Le envidio, Rodney. Esa muchacha es encantadora...

CAPÍTULO X

MERRIMAN CHENNERY

—Hágales pasar, teniente.

El oficial del Servicio de Información Militar de los Estados Unidos, adscrito a la Oficina Internacional, saludó militarmente a Chennery, abandonando el despacho en el que, segundos más, tarde, entraban Rodney Henderson, Nagako Masutani y el coronel Cresswell. Este último llevaba en sus manos algo que hizo palidecer al jefe del espionaje combinado en Tokio.

—Hola, Merriman —saludó el pintor—. Tienes mala cara.

—Apenas si he dormido. Sentaos. No os esperaba tan pronto. ¿Alguna noticia importante?

—Maravillosa. ¿No la sospechas?

—No. La falta de descanso me embota el cerebro. ¿Un cigarrillo?

—Acabamos de fumar. ¿No te intriga lo que podamos decirte? ¡Es sensacional!

—¡Acaba de una vez! ¿Va a ser tan breve vuestra visita, que no queréis sentaros?

—Al contrario. Conversaremos largo rato.

Los dos hombres y la mujer se acomodaron ante la mesa de despacho de Merriman, que prendió fuego a un «Philip Morris».

—Olvidaba darte el pésame, Nagako. Por el S.C.A.P. sé que tu madre marchó a reunirse con su esposo. Irreparable pérdida.

—Sí —fue la respuesta de la joven.

Chennery aspiró con voluptuosidad el humo del cigarrillo y, encarándose con Rodney, dijo:

—Te escucho. ¿Qué es lo que sabes?

—La identidad del jefe supremo de la organización que perseguimos. Dame la caja, Cresswell. Doc Butenko ha declarado. Ahí tienes registrado el nombre del culpable. ¡Oprime la moldura que pone en funcionamiento el aparato!

Depositó el magnetofón en la mesa. Merriman, inmóvil, no hizo lo que Henderson indicaba.

—No seas espectacular, Rodney. Dime, ¿quién es?

—Será mejor que lo oigas de labios del subjefe del Servicio Soviético de Información Militar. ¡Haz lo que te he dicho! ¿Te da miedo? ¡Empuja la moldura del mismo modo que ordenaste a Nagako! Si no lo haces, voy a creer que en lugar de un aparato de cinta magnetofónica es un explosivo.

Chennery se incorporó con violencia.

—¿Qué insinúas?

Henderson, encañonándole con su revólver, afirmó:

—Que Merriman persiguió a Merriman. ¡Tú eres el jefe supremo! Siéntate y no me obligues a vengar a tus cómplices y a Ralph Anstruther.

—¡Te has vuelto loco!

—Jamás estuve más cuerdo. Mi locura consistió en haberte dado oportunidad de asesinar a Susan Bedford, Jacques Tandeddu y Josiah Marquat. ¡Es inútil que niegues! Haruji Konoye, obedeciendo tus órdenes, quiso apoderarse de lo que constituía una decisiva prueba de culpabilidad: el explosivo ocultó en el magnetofón. Nagako te reprochó exceso de nerviosismo. Temías que la bomba estallase antes de que tú salieras.

Chennery intentó negar, pero su voz carecía de convicción:

—¡Demasiada teatralidad, Henderson, para confirmar un disparate!

—No lo es, y voy a demostrártelo. Siéntate, y pon las manos sobre la mesa. Estás acorralado, y no deseo innecesarios riesgos. Así. Me gusta tu obediencia. Las revelaciones que voy a hacerte te sorprenderán, Lee.

Le tendió un oficio mecanografiado, y en el que había varios sellos y firmas. Merriman mordióse los labios al enterarse del contenido del escrito.

—¡Es imposible!

—No tanto como crees. Eres uno de los más astutos inspectores del C.I.A. En Washington estimaron inconcebible que presentaras la renuncia a tu cargo en Tokio, confesando tu completo fracaso. Por «informadores» y miembros del «Deuxième Bureau», conoció el

Estado Mayor la formidable organización que intentaba enfrentar a Norteamérica y al Japón. ¿Quién pudo montarla? Era alguien con un completo conocimiento del espionaje, de la intriga y del terrorismo. La M.G.B. rusa nada tenía que ver con el mal llamado grupo de patriotas. Ellos también han intentado localizarle con fines distintos a los nuestros: es decir, para que integraras el organismo soviético. Al principio, en Washington no te creyeron culpable. ¡Cómo imaginar en ti una traición! Esa ha sido tu mejor coartada. Se insinuó la conveniencia de enviar a uno de los nuevos agentes, desconocido por ti, con poderes para destituirte si lo estimaba necesario. Eligieron al número uno de la promoción. ¿Te interesa la historia?

—¡Sigue! —apremió Chennery, con voz ronca.

—Lo que voy a decir lo ignoran Nagako, Cresswell y el inspector del «Intelligence Service» con el que monté la trampa en la que has caído, pese a tu experiencia. Terminada la guerra, conseguí situarme como dibujante. Era un buen pintor antes de incorporarme voluntario a la Infantería de Marina. Los éxitos personales no me cegaron. Vivir solo para mí, me pareció un egoísmo. Mi patria atravesaba el delicado momento de la postguerra. Jan Ciechanowski, exembajador de Polonia, me hizo conocer las primicias de su libro «Degeat in Victory». ¡Derrota en la Victoria! Mi alma, ávida de aventuras, de servicio y sacrificio, encontró sosiego entre mis camaradas de la Academia de Espionaje. Debía continuar siendo pintor, magnífico «camouflage» para mis actividades de agente del Servicio Secreto. Inventé la historia de haber sido comisionado por una firma comercial, y me trasladé a la ciudad frecuentando el trato del comandante Austin Drake, del Mando Supremo de las Fuerzas Aliadas, del coronel Cresswell, que nos escucha, de la Sección Civil de Investigación y tuyo. Guardé mi secreto. Si los rusos eran ajenos a la labor de zapa que minaba el prestigio de los Estados Unidos, solo podía ser culpable un norteamericano que ocupase un puesto de responsabilidad.

Henderson hizo una nueva pausa para ordenar mejor sus ideas. El revólver descansaba sobre la mesa, al alcance de su mano. Prosiguió:

—La Providencia quiso que presenciara en el Parque Shiba la práctica del «seppuku» del padre de la que en breve será mi esposa. Permití que libertaran a los culpables, para dar al jefe supremo la

sensación de que no era más que un hombre complicado por el azar en una aventura. Fui a buscarte a los jardines de Dango-Zaka, y te conté lo ocurrido. Me encargaste que averiguara el motivo por el que se mató el padre de Nagako. Te interesaba saber si la muchacha conocía detalles de tu organización. Nos reuniste en el bar frontero al «Club de Tokio» para que investigara la verdad, llevando allí a Irabumi y a James Webb en el afán de provocar una reacción espiritual que favoreciera a tus planes. Quizá, por odio a los extranjeros, se pusiera de tu parte. De un modo u otro estaba condenada a muerte. Al comunicarte mi fracaso, me aconsejaste que me marchara, intuyendo que tal vez el afán de librar de peligros a Nagako me convirtiera en tu peor enemigo. Me quedé. Había venido a Tokio a desenmascararte.

Rodney encendió un cigarrillo, antes de continuar:

—La impunidad de que gozabas era debida a tu falta de escrúpulos. Pensaste asesinarnos a los dos, pasando ante Cresswell por un celoso defensor de la Ley. Ideaste el rapto de Nagako. Por medio de Susan, la única que en Tokio conocía tu secreto y que te ayudaba por amor y dinero, sirviéndote de enlace, diste órdenes a tus hombres, que se emboscaron detrás de los monumentos de las tumbas, horas antes de la fijada para la cita. Nadie más que tú pudo provocar la avería de la radio del helicóptero. Como sospechaba de ti, te dejé en la ignorancia de si Nagako fue o no confidente de su padre. Ya preso en la bodega del barco, interrogué a Haruji Konoye. ¿Cómo sabía mi profesión y mi nombre? Sus explicaciones no me convencieron. Alguien —¿quién mejor que tú?— le había informado de mi personalidad. Al librarnos por unos segundos de un horrible fin, nos trasladamos a tu despacho. Entonces comprendiste que si Susan era detenida, posiblemente confesara. No me autorizaste a acompañarte, ordenando a los miembros del Servicio Secreto que se quedaran en el jardín. Te bastó una puñalada. No niegues. Hablé con ellos.

Chennery secóse el sudor de la frente. ¡Estaba perdido!

—¡Tendrás que probar lo que dices!

—Nada más sencillo. Me hiciste la proposición de que residiese en la Oficina Internacional, para que estuviera presente al serte comunicado el asesinato de Tandeddu. No quise ir contigo. ¿Para

qué? Tus cómplices no habrían dejado huellas. Apenas te marchaste, visité al inspector jefe del «Intelligence Service» en Tokio, para que me ayudara a tender una trampa. Los agentes británicos me auxiliaron. Doc Butenko no es sino un miembro de la M.G.B. que nos ha ayudado en tu captura, y Charles Durdin, del gabinete telegráfico, fiel a lo que juró en Londres. Te sabías poco seguro. Montaste un negocio de espionaje y «gangsterismo» vendiéndote al mejor postor. La cuenta corriente de Susan Bedford asciende a medio millón de dólares. ¿Qué no habrás ganado tú?

Merriman no supo contenerse, y preguntó:

—¿Doc Butenko es una farsa?

—Completa. ¡Qué gran momento para eliminarnos a Nagako y a mí! Nada la obligaba a intervenir, pero tú te las ingeniaste para mezclarla. Ya no te importaban las confidencias de su padre, sino las mías. La caja de tabaco haría explosión al oprimir la moldura. En varias ocasiones me sondeaste para averiguar lo que pensaba. El miembro del Servicio Secreto que, por orden tuya, nos vigilaba, te llamó, y acudiste al café diciéndonos que sospechabas de Susan, aunque no la creíste nunca tan complicadla. El asesinato de Marquat y el envío de Haruji Konoye a apoderarse del explosivo, completaron las pruebas. ¿A qué seguir? ¿Mantenías enlace con algún grupo político? Dentro de un instante registraremos tus documentos y la caja fuerte.

Chennery, abatido, inclinó la cabeza. En el interior del arca blindada guardaba una relación de sus cómplices y el dinero robado al Banco Nacional por Jacques Tandeddu. Repuso, con una satánica idea en su criminal cerebro:

—No quise ingresar en ninguna organización de espionaje para no perder mi autonomía. Durante la guerra, estuve a punto de morir en Berlín. Ingresé en el C.I.A., ambicioso de aventuras y fortuna, sin ideal patriótico. Triunfé en las misiones que se me encomendaron. Temeroso de una próxima y más terrible guerra que la pasada, quise enriquecerme en uno o dos años para, cambiando de nombre, trasladarme a cualquier ignorado rincón del planeta. Tú has quebrado mis proyectos. ¡Ninguno de vosotros gozará mi muerte!

Inesperadamente aferró la caja, oprimiendo la moldura. Nada hizo explosión. Rodney, con una burlona sonrisa, le dijo:

—Acabas de parar un auténtico magnetofón. ¡Cuidado, Cresswell!

El coronel, que había intuido el desesperado gesto de Merriman de empuñar la pistola que guardaba en la funda axilar, se lanzó contra Chennery por encima de la mesa, en perfecto «plongeon». La lucha fue breve. Sin moral, atacado también por Henderson, que no quiso disparar, el traidor se rindió.

Esposado, a merced de los que fueron sus amigos en la defensa de comunes ideales, inquirió:

—¿Vais a entregarme a los grupos de acción, para que me ejecuten?

—No. El Comandante Austin Drake, del S.C.A.P., se encargará de ti. Dirás lo que sabes... ¡y lo que no sabes! No te considero tan necio como para callar.

—No lo seré. En mi caja de caudales encontraréis respuestas a lo que os inquieta. Emplazamiento de los refugios en Tokio, listas de cómplices... Los japoneses que figuran en esas relaciones son patriotas a quienes logré engañar. Ellos realizaban los sabotajes. Sé que solo la docilidad me evitará la tortura. ¿Qué más quieres saber, Rodney?

—¿Por qué mataste a Ralph Anstruther?

—Había llegado tan lejos como tú en sus investigaciones. Murió sin confesar, pese a que Haruji Konoye se empleó a fondo con él.

El coronel Cresswell alzó el brazo para abofetear al cínico Merriman.

—¡Canalla! Su mujer y sus dos hijos te maldecirán.

Chennery no respondió. ¿Para qué? La justicia se cumpliría inexorable...

EPÍLOGO

Dos meses después de que el mundo se conmoviera al conocer los dramáticos episodios de la lucha en la sombra sostenida entre la Ley y el Crimen, entre la Paz y la Guerra. Nagako, Rodney, Irabumi y James Webb, en boda doble, contrajeron matrimonio en Tokio, apadrinados por el coronel Cresswell, el comandante Austin Drake y sus respectivas esposas.

La ceremonia, celebrada en la intimidad, tuvo un epílogo de triunfo que corrió a cargo de un miembro del Estado Mayor del «Central Intelligence Agency», destacado de Washington para comunicar a Henderson que...

—En premió a su heroísmo y abnegación, el gobierno le concede la Medalla de Servicios Distinguidos, el ascenso a inspector del Servicio Secreto y tres meses de licencia que podrá invertir en lo que desee.

—Gracias, señor —repuso Rodney, emocionado—. Continuaré pintando cuadros junto a mi esposa para celebrar una exposición en Nueva York. No hice sino cumplir con mi deber.

Atrajo hacia sí a Nagako, besándola en los labios entre las sonrisas comprensivas de los miembros de la Oficina Internacional invitados a la ceremonia. Luego, separándose levemente, dijo:

—Nuestros hijos y los de Irabumi y James, al unir, por la sangre, al Japón y a los Estados Unidos, demostrarán al mundo que todas las fronteras de raza son rotas por el amor...

¿Resultarían proféticas sus palabras? Los designios de Dios son inescrutables...

F I N

{1} Instrumento de tres cuerdas, al que son muy inficionados los nipones.

{2} Siglas del Mando Supremo de las Fuerzas Aliadas en Tokio.

{3} Oratorio consagrado al dios Sol.

{4} Organismo dirigido por el Comandante General, William F. Marquat.

{5} Adulador que hace la corte con bajeza, y favorito que consigue el afecto de su amo con servilismo, respectivamente.

{6} Pequeñas esteras.

{7} Del libro «El Japón bajo Mac Arthur», original de John Lacerda.

{8} «Corazones jóvenes».